

ESCUELA DE
RELACIONES
INTERNACIONALES
Universidad Nacional, Heredia

56

NUEVA ÉPOCA

SERIE

2021

DOCUMENTOS
DE ESTUDIO



EL 'OTRO' INMIGRANTE Y
EL DISCURSO POPULISTA
APUNTES SOBRE GLOBALIZADAS
POLÍTICAS CONFLICTIVAS Y
DERECHOS HUMANOS

JOSÉ DANIEL RODRÍGUEZ ARRIETA



UNA
UNIVERSIDAD
NACIONAL
COSTA RICA

2020

DOCUMENTOS
DE ESTUDIO



EL 'OTRO' INMIGRANTE Y
EL DISCURSO POPULISTA
APUNTES SOBRE GLOBALIZADAS
POLÍTICAS CONFLICTIVAS Y
DERECHOS HUMANOS

José Daniel Rodríguez Arrieta

**Unidad de Gestión Editorial
de la Escuela de Relaciones
Internacionales de la Universidad
Nacional de Costa Rica
Consejo Editorial (Nueva
Época)**

Rosmary Hernández Pereira
Juan Carlos Bermúdez Mora
Marco Vinicio Méndez Coto
Sergio Moya Mena
Gabriela Pino Chacón
Vinicio Sandí Meza
Jeannette Valverde Chaves

COORDINADORES

José Daniel Rodríguez Arrieta:
Licenciado en Ciencias Políticas por
la Universidad de Costa Rica.

Egresado de la Maestría en Comuni-
cación y Desarrollo de la Escuela de
Comunicación Colectiva de la Uni-
versidad de Costa Rica

Actualmente cursa la Maestría en
Estudios Avanzados en Derechos Hu-
manos en la Universidad Carlos III
de Madrid.

Es profesor e investigador de la Es-
cuela de Ciencias Políticas de la Uni-
versidad de Costa Rica en temas de
migración, refugio, Derechos Hum-
anos y comunicación para el cambio
social.



304.82

R696o

Rodríguez Arrieta, José Daniel

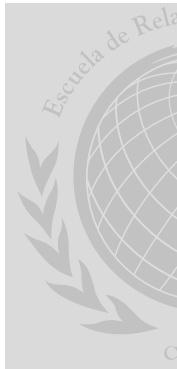
El "otro" inmigrante y el discurso populista : apuntes sobre globalizadas
políticas conflictivas y derechos humanos / José Daniel Rodríguez Arrieta.

-- Primera edición. -- Heredia: Costa Rica : Escuela de Relaciones
Internacionales, Universidad Nacional, 2020.

62 páginas : 21 cm.

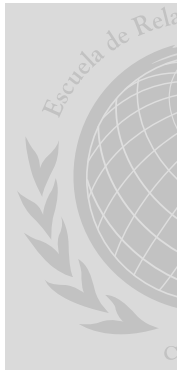
ISBN: 9789968558693

1. ASPECTOS POLÍTICOS. 2. DERECHOS HUMANOS. 3. DISCURSOS.
4. GLOBALIZACIÓN. 5. INMIGRANTES. 6. MIGRACIÓN INTERNACIONAL
7. MOVIMIENTOS POLÍTICOS. 8. RELACIONES INTERNACIONALES. I. Título.



ÍNDICE

<i>Prefacio</i>	7
<i>I ¿Quién es un inmigrante actualmente?: una necesaria mirada más humana</i>	11
Una definición en disección	12
<i>II Globalización, Estado y las personas potencialmente migrantes..</i>	21
Sobre sus definiciones.....	22
¿Y el inmigrante? ¿Globalizado?	25
<i>III La incertidumbre y el miedo como elementos necesarios del discurso</i>	31
<i>IV Ahora bien, ¿quién es ‘el otro’?</i>	35
Sobre ‘el otro’ y el discurso político	38
<i>V El populismo y los inmigrantes: ‘el otro’ como el culpable</i>	41
Cuando la inmigración se consagró como inseguridad doméstica	42
Sobre el discurso populista y su presencia actual	44
Fuentes utilizadas.....	57



PREFACIO

Este breve ensayo pretende ser un aporte a la siempre compleja relación entre migración y política, enfocando nuestro lente en la interrelación entre dos fenómenos con una indiscutible vigencia en el contexto mundial actual: el auge de los proyectos denominados populistas —para algunos, neopopulistas— y su construcción propia de ‘el otro’ —específicamente de ‘el otro’ inmigrante—. Esta última parte de la manipulación del miedo y la incertidumbre, en tanto elementos fundamentales en su retórica y discurso, así como componentes necesarios para justificar y legitimar sus propias aspiraciones políticas, su razón de ser y tanto su acceso como su permanencia en el poder. Todo esto tiene un profundo impacto en la comprensión y el reconocimiento de los Derechos Humanos.

Por otra parte, como pretendemos desarrollar en las siguientes páginas, la relación de los dos fenómenos se enmarca, indefectiblemente, en los procesos actuales de globalización, cuya característica totalizante es, a su vez, altamente excluyente, deriva en razones y consecuencias directas sobre la movilización humana del presente que es, desde muchos aspectos, inédita en la historia. Lo anterior plantea, entonces, un punto de enlace entre la globalización y los dos primeros elementos mencionados.

Precisamente, el profesor Javier de Lucas (2004) considera que las migraciones son tanto un signo de la globalización y, al mismo tiempo, un *mascarón* de esta, pues, a más globalización, más migraciones; la principal característica de estas es que no son libres o voluntarias, sino más bien forzadas. Es decir, las consecuencias de la globalización económica obligan a las

personas a inmigrar, al tiempo, añadimos, que levanta barreras contra ellas.

De hecho, como complemento de la relación descrita, Arjun Appadurai (2007) explica que los inéditos procesos financieros que caracterizan la globalización

Son reproducidos por los nuevos tipos de emigración, tanto de las élites como de los proletarios, que crean tensiones sin precedentes entre identidades de origen, identidades de residencia e identidades de aspiración para muchos inmigrantes del mercado de trabajo mundial (p. 54).

En las páginas siguientes, una vez establecidas las características actuales de la globalización —distinguida por la propagación de miedos e incertidumbres, cuestión clave para el presente análisis—, como un proceso que afecta no únicamente el crecimiento de la migración —mayoritariamente forzada—, se ahondará en la medida que influye en el incremento de la presencia de políticos y sus proyectos, basados en discursos de índole populista, y cómo establecen una parte importante de su retórica y *autojustificación*, en una elaboración del otro, del extraño, del inmigrante, como una recelosa minoría que pone en peligro los elementos propios de una supuesta construcción nacional; esto con el objetivo de la obtención y el mantenimiento del poder. En esta última parte, por consecuencia, se identificarán los principales fundamentos del discurso populista en torno a ese otro inmigrante.

En algún momento de la historia reciente, la inmigración dejó de ser parte de una óptica administrativa de egresos e ingresos para acaparar —no sin polémicas y acaloradas discusiones— otras áreas, lo cual solo hace justicia a la complejidad de un fenómeno tan antiguo como la humanidad misma.

La humanidad se ha desarrollado a partir de la relación con su entorno y este ha sido cambiante, retador y dinámico, lo que ha influido en que las masas humanas adoptaran el traslado como una herramienta primaria, con miras a encontrar las condiciones apropiadas para su establecimiento y reproducción.

En ese momento, es cuando la riqueza y variedad de la especie humana permitió que algunos se adaptaran a la Tierra del Fuego y otros a las estepas rusas; pero, no sin antes peregrinar.

La capacidad de desplazamiento es, junto con la de reproducción, la fuerza que dio como resultado la ocupación del mundo (Livi, 2012). Este proceso, mucho más antiguo que lo que hoy denominamos Estados o fronteras, demostró la necesidad de la especie humana de buscar un lugar apto para sobrevivir, un sitio para desarrollarse a sí mismo y comprenderse en su creciente complejidad.

Libros tan antiguos como la Biblia o el Popol Vuh ya hacían referencia al andar de los seres humanos por tierras nuevas, en búsqueda de mejores condiciones y recursos para la supervivencia, o huyendo de los peligros naturales o de otros seres humanos. La abundante evidencia arqueológica no deja lugar a dudas de que el ser humano, en muchas de sus fases de evolución, optó por el traslado para asegurar su supervivencia y la de los suyos.

Después de darnos la libertad para dar un salto cuantitativo de algunos millones de años, podemos asegurar que la migración sigue siendo un proceso continuo y vigente. Actualmente, se muestra como un fenómeno que deriva de muchas situaciones propias y ajenas, al tiempo que es un tema transversal desde un punto de vista científico, pues la arqueología, la biología, la ciencia política o hasta la arquitectura tienen algo que decir para abordar tal proceso, sus resultados y sus consecuencias.

Tomando en cuenta un planeta altamente interconectado, con una antes impensable facilitación de comunicaciones físicas y virtuales, la migración adquiere nuevas condiciones —a la vez que nuevas y más sofisticadas barreras— con consecuencias innegables en las sociedades de acogida y las de origen. Esto se ve profundizado con las constantes escaladas de violencia, en las cuales son las personas civiles las primeras afectadas y las que toman la decisión de dejar todo y buscar seguridad, ahora sí, fuera de sus fronteras.

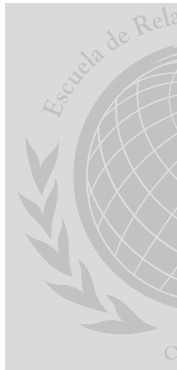
Las sociedades de acogida se ven indefectiblemente afectadas en diversos niveles —dependiendo de la magnitud y del

tiempo de la inmigración—, por ende, la decisión política establece disposiciones para relacionarse con la afectación existente. Las acciones dependen de múltiples factores valorativos y de intereses que les son atinentes por el hecho de ser la élite política.

Desde esta realidad, el inmigrante no es ya únicamente un integrante potencial —temporal o permanente— de esta sociedad de acogida, quien motiva discursos y acciones políticas tendientes a su integración o rechazo, sino que ha pasado a ocupar un lugar importante en ese discurso político, pero ya no en función de su situación como migrante, sino de intereses políticos. Esto quiere decir que, en los discursos políticos recientes, el inmigrante es un recurso para explotar, de acuerdo con ambiciones políticas de diversos actores, y estos, en los últimos años, se han identificado en los discursos populistas de la derecha mundial.

Entonces, tomando en cuenta lo anterior, el presente ensayo pretende ahondar en las principales características de la construcción de ‘el otro’ inmigrante, como un componente fundamental de los discursos de la derecha populista de la actualidad, convirtiéndole en un recurso político en sí mismo.

Esto debe comprenderse necesariamente en un contexto de globalización, particularmente económica, que juega un rol crucial en la profundización de relaciones de desigualdad entre regiones y países, favoreciendo los factores de expulsión y atracción de migrantes. Todo esto se pretende evidenciar con discursos políticos del presente.



I

¿QUIÉN ES UN INMIGRANTE ACTUALMENTE?: UNA NECESARIA MIRADA MÁS HUMANA

Entender a los inmigrantes como personas en toda su complejidad no es una visión original, pero sí muy escasa en estos tiempos.

A sus 26 años, en 1958, un joven director, Roman Polanski, escribió y dirigió un corto cinematográfico llamado “Dos hombres y un armario”. En esta pieza, dos hombres salen del mar cargando un vetusto armario camino a una ciudad que no es la suya; en su peregrinar por el pueblo, —sin dejar de cargar su armario—, ambos individuos sufren un rechazo fuerte de todo aquel que los mira, son víctimas de violencia, sin mayor razón que ser dos desconocidos. La sociedad reacciona fuerte e intolerante contra ellos y nadie les pregunta sobre su vida o aquel misterioso armario, lo que finalmente les obliga a irse por donde vinieron, el mar.

La alegoría en un contundente alegato contra los prejuicios, la exclusión y la intolerancia retratan formidablemente el lado más duro de ser inmigrante, el rechazo. Por el hecho de venir de un lugar extraño, ajeno y etéreo —desde el punto de vista de la sociedad de destino— como la metáfora del mar, nadie se esfuerza en ahondar un poco más y preguntarse qué trae ese pesado armario, cuál es la historia que contiene detrás de sus puertas y la esperanza que allí puede albergar, al lado claro, de los recuerdos de seres queridos.

En un mundo cargado de visiones calculadas por el mercado, en términos de costo y beneficio, los inmigrantes son considerados más fuerza de trabajo que semejantes, más mano de obra que personas; es *vox populi* que muchas personas en sociedades de acogida lamentan que a las manos que trabajan llegan personas unidas a ellas.

Una definición en disección

Iniciemos por la conceptualización más completa y elemental, para ir desgranándola en sus elementos: vamos a definir que un inmigrante *es una persona que se desplaza de un país a otro —o de una región a otra, lo suficientemente distinta—, por cualquier medio, de forma “regular” o “irregular”, debido a un variado sistema de razones, por tiempo indefinido, por tiempo prolongado o de manera temporal*. Esta acepción, bastante general, nos plantea algunas cuestiones importantes que se deben detallar.

En primer lugar, la definición propuesta inicia a partir de una palabra con un fuerte peso histórico, antes de la categoría de inmigrante: *persona*. Este vocablo ha sido cargado de contenido variado en diferentes momentos del devenir humano, y no todos los que ahora son considerados como tales lo hubiesen sido en otra época. Un inmigrante es una persona, es un ser humano, lo que tiene una implicación profunda en el derecho internacional, el cual le establece como sujeta de derechos. Así de simple y así de complicado. Un breve repaso por la Declaración Universal de los Derechos Humanos nos dicta, en su primer artículo, que “Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros” (ONU, 2018). Así, fundamentalmente, se reconoce el derecho inherente de los seres humanos a la dignidad como personas, que aboga por el trato fraternal, sin ninguna distinción.

Ahora bien, esta Declaración Universal, que dicta los derechos mínimos para la vida digna de toda persona por el hecho de serlo, plantea algo interesante que nos lleva al siguiente

elemento de la definición inicial de inmigrante que nos hemos propuesto: el artículo 13, inciso 2, estima que “Toda persona tiene derecho a salir de cualquier país, incluso del propio, y a regresar a su país” (ONU, 2018). Podemos inferir, entonces, que la concepción liberal de los derechos reconoce la emigración como un derecho, pero la práctica plantea muchos baches, sobre todo porque la inmigración no goza de la misma empatía.

En este punto, hablamos de una persona *que se desplaza de un país a otro*. En este aspecto, surge una pregunta de respuesta obvia, ¿qué es lo que determina que se trasladó una persona de un país a otro? Aquí hace su aparición explícita lo que denominamos fronteras.

Las fronteras —hijas predilectas de la conformación de los Estados modernos— establecen hasta dónde, físicamente, llega el poder de un Gobierno, son límites entre unidades políticas independientes, a partir de jurisdicciones igualmente independientes. Pero su connotación se sostiene con base en repercusiones más profundas, que finalmente determinan quién es ciudadano, quién es inmigrante y cuáles son los derechos que se le asignan a cualquier persona, aspectos que cambian dependiendo del lado de la frontera en que se esté y de las características que se posean.

En su obra *El azar de las fronteras* (la que ofrece una interpretación formidable de la complejidad y, a su vez, de la relatividad y realidad de las fronteras), el profesor Juan Carlos Velasco afirma que, desde el punto de vista del inmigrante, cuando se trata de “encarar las cuestiones esenciales de la condición humana, ya sea la vida o la muerte, el dolor o la enfermedad, el amor o la amistad, las fronteras se nos presentan comúnmente como un elemento completamente inane y artificioso” (2016, p. 9). Con ello, el autor alude a la arbitrariedad misma de las fronteras; creaciones humanas siempre sujetas de modificación, que un día dictan quiénes son “nosotros” y quiénes son “otros”. No está de más recordar que, al cabo de unos días, familias y pueblos enteros se dividieron en norcoreanos y surcoreanos, o el crisol de nacionalidades en las que se dispersaron quienes una vez fueron conocidos como soviéticos o yugoslavos.

Las fronteras “son constructos eminentemente histórico-políticos, líneas de demarcación geográficas con la misión expresa de ordenar el mundo desde una óptica de poder” (p. 10). Conllevan un componente simbólico fuerte, ineludible y es origen de las relaciones entre ‘nosotros’ y ‘ellos’.

Las implicaciones de estas demarcaciones son tan profundas que los mismos Derechos Humanos —que creemos universales, al menos en el papel— se vuelven víctimas del relativismo cultural. Los inmigrantes, una población dependiente del mandato internacional de los Derechos Humanos, los puede ver desaparecer en la difusa línea de una frontera. Los inmigrantes económicos nicaragüenses en Costa Rica ven violentados sus más básicos derechos laborales —y ni que decir políticos—, cuando caen víctimas de empresas inescrupulosas que los explotan sin reparo. Pero su condición migratoria convierte en prohibitiva la posibilidad de exigir el respeto a su dignidad como trabajadores.

El cruce de fronteras es una carga más al ‘armario’ del inmigrante, que se recuerda siempre una vez que ha cruzado esa delimitación; en el país de acogida, acarrea con el peso de ser de otros lados más allá de la frontera. Y esto puede llegar a definir mucho; su posición social, el trato que recibe, los derechos que se le reconocen y los que no.

Étienne Balibar lo explica concretamente: “todas las fronteras son función de una determinada cartografía y, en concreto, de una cartografía de las identidades y pertenencias” (2003, p. 65). El lado de la frontera en el cual, azarosamente, se nace, define el reconocimiento o no de derechos. Y este reconocimiento de derechos va intrínsecamente relacionado con el concepto de *ciudadanía*.

Ser nacional de un país dado precede y determina, desde luego, la ciudadanía de la persona en él; pero, a su vez, determina quién no es nacional, es decir, quién ha nacido en algún otro lugar fuera de la formalidad de la frontera. Y la ciudadanía es, fundamentalmente, la carta inicial para optar por un trato completo y el reconocimiento pleno de derechos. “Toda práctica política está territorializada” (Balibar, 2013, p. 113), lo cual implica que la política —en estrecha sintonía con la ciudadanía, pues,

entre otras cuestiones, define los derechos políticos—clasifica a los individuos de acuerdo con los criterios devenidos de la frontera y la extrafrontera. El criterio territorial —la frontera, la que define quién es inmigrante— determina cuántos, cuáles y de qué forma, son reconocidos los derechos. Y, de hecho, la necesidad imperiosa de sentar con bastante claridad el *aquí* y el *allá* ha llevado a remarcar las fronteras con la construcción de muros; un recordatorio más gráfico del poco entusiasmo por dejar entrar, dejar pasar, recibir e integrar.

Los muros, a diferencia de las fronteras —pero siempre su complemento ideal—, llevan el sello casi exclusivo de la antiinmigración. Se han convertido en la mejor contradicción de la promesa globalizadora. Son la muestra de la tensión vigente entre apertura y cierre, el globalismo y los nacionalismos.

Estos muros establecen, con esclarecimiento, un golpe de realidad a aquella utopía kantiana del cosmopolitismo global, ilustrando fehacientemente que el derecho a la *membresía política* es más una asignación, que depende de modo exclusivo del Estado-nación y no de las propiedades inherentes de cada persona, muy al contrario del ‘derecho a tener derechos’ propuesto por Hanna Arendt. Aunque los muros varían en función de lo que pretenden obstaculizar, nos recuerda Wendy Brown (2015), sean pobres, trabajadores, drogas, armas o únicamente inmigrantes, existen características comunes: la paradoja de estos en un propugnado ‘mundo sin fronteras’; la paradoja de la democracia como la soberanía exclusiva de los Estados para la construcción de los muros, a pesar de violentar el derecho de tránsito y de migración de las personas, y la muestra de la separación entre la opulencia y la pobreza más extrema. Y así, también nos dice Brown (2015), “más que reafirmaciones de la soberanía nacional estatal, los nuevos muros del Estado nación son parte de un panorama global específico de flujos y barreras” (p. 34).

Ahora bien, este tema se vuelve más delicado y complejo cuando se agrega la forma en que se cruza la frontera —continuando con los elementos que nos plantea nuestra definición—, y esto es un cruce *de forma regular o irregular*.

La regularidad, desde luego, es definida por las leyes existentes en el país de destino, pero la vida de los “sin papeles” es mucho más de lo normativo, es el estigma diario y profundo en su vivencia, sumado a que los derechos se ven limitados, aún más que por el hecho de ser ya de por sí inmigrantes.

Estamos frente a una vulnerabilidad importante. La persona inmigrante, muchas veces, en su afán de dejar atrás las penurias y necesidades, se arriesga a cruzar fronteras de forma no regular y, por demás, altamente peligrosa. El ingreso de los africanos por Grecia, Italia o España, después de días a bordo de riesgosas barcas, conlleva que sus calidades legales sean el menor de sus problemas, pero sí el principal conflicto de la policía que les espera en la orilla; situación que comparten desde el otro lado del mundo los centroamericanos y mexicanos, quienes dejan la vida en el árido terreno entre Sonora y Arizona.

Se define y se trata al inmigrante en función de su condición y otras muchas veces se mezcla esta última con su calidad de persona, en el momento cuando se le asigna la etiqueta de *ilegal*. Entender a una persona como ilegal implica que no tiene ‘legalidad’, no es alguien frente a la ley, lo cual, en muchos casos, representa un ejemplo de la realidad, no se le reconoce como sujeta de derechos a pesar de ser, como nos recuerda la Declaración, persona.

Esta discriminación no es usual que se reconozca, pero sí es muy normal que se practique. Los centros de detención de *ilegales* son, en muchas ocasiones, lugares en los cuales los Derechos Humanos se pasean invisibles, las vejaciones son más normales que la comida y la espera asemeja al pasillo de los condenados. ¿Por qué? Pues esta percepción de *ilegales* les hace no ser sujetos de derechos y, más bien, ‘merecedores’ de maltratos, para recordarles que debían pensarlo dos veces —como si no lo hubieran hecho mil veces—, antes de cruzar la frontera o sortear el muro.

‘Nadie es ilegal’, repiten con frecuencia defensores de Derechos Humanos y estudiosos del fenómeno migratorio; es decir, lo que es ‘ilegal’ o irregular es su condición migratoria, su situación frente a una normativa doméstica determinada. Esto

implica que, independientemente de tal circunstancia, inmigrante es una persona, sujeta de derechos —amparada por el derecho internacional como ya apuntábamos— y, por ende, debe ser tratada con la dignidad debida, o al menos así tendría que ser.

En todo caso, estas personas indocumentadas, son “los últimos de la fila en esa escala jerárquica en cuya cima se ubican los nacionales” (Velasco, 2016, p. 175); al tiempo, su situación les cohibe de usar servicios básicos —o les es explícitamente prohibido— o de buscar una normalización de su realidad, porque muchas veces las amenazas de quien les ha contratado por un mísero salario son más ‘persuasivas’. Como menciona el profesor Velasco (2016), viven en un régimen de “invisibilidad impuesta” (p. 175) como parte de un contingente laboral que no tiene rostro, ni familia, ni identidad (ni derechos).

Ahora, ¿qué lleva al inmigrante a serlo?, esta pregunta se responde con *las razones* para la migración. Y precisamente esto es tan vasto, complejo y coyuntural que no se ha podido establecer una teoría homogénea acerca del fenómeno (como es de esperar).

Dejando de lado al turista, una persona migra por necesidad o por una suma de necesidades; en palabras de Mahnkopf y Altvater (2017), “la migración es la estrategia más antigua para la reducción de la pobreza y el riesgo” (p. 35). Las causas son muchas, tan variadas como seres humanos habitan el planeta, pero no puede negarse —ni se debe— el peso de los factores económicos; al respecto, Izaola (2017) recuerda que estos,

Tienen un peso fundamental a la hora de tomar la decisión de emigrar. También dentro de esos motivos existe una gran diversidad: encontrar un empleo del que se carece en el lugar de origen, conseguir un empleo mejor del que se tiene, buscar mejores condiciones de vida para uno mismo y para la familia... (p. 114).

Los estudios en migración han teorizado acerca de los motivos para la migración, demostrando precisamente cómo la

creciente complejidad de las relaciones económicas y sociales tiene un efecto profundo y transformador en estos.

Por ejemplo, en la segunda mitad del siglo XX, el enfoque sobre factores de trabajo de la *teoría neoclásica* indica, de acuerdo con Arango, que “es la más influyente de las producidas hasta la fecha, la que más adeptos tiene, además de ser la más antigua de las existentes. De hecho, puede decirse que es la primera teoría merecedora de tal nombre” (2003, p. 2). Esta apunta que la migración es un resultado de maximizar recursos, como decisión racional por parte del ser humano —una eminentemente individual—, es decir, una evaluación de *pros* y *contras*, partiendo de poseer todos los datos, para comprender, finalmente, que emigrar era la mejor determinación.

Posteriormente, con base en la interpretación neoclásica, surge la *teoría de los factores push-pull (empuje-atracción)*. Este modelo toma en cuenta elementos relacionados con el lugar de origen y con el de destino. La persona compara factores y ventajas entre ambos, valorando y reconociendo factores de empuje de su lugar y de atracción a otro fuera de las fronteras.

Los estudios continuaron avanzando y profundizándose en los tantos elementos que influyen en la relación entre personas/espacio/sistemas, con el fin de comprender las razones para la inmigración. Arango (2003) apunta que “la pérdida de preeminencia de la explicación neoclásica de las migraciones no deriva, principalmente, de sus insuficiencias como teoría sino, más bien, de sus dificultades para dar cuenta de una realidad cambiante” (p. 7) y, por tanto, se reconoce que la cuestión es más compleja que un análisis ‘racional’. Como respuesta a estas insuficiencias, aparecen un conjunto de teorías que, a pesar de matices diferenciadores, compartirían sus premisas básicas: la *teoría del mercado de trabajo fragmentado*, la *teoría marxista de la acumulación capitalista* y la *teoría del sistema mundial* (Micolta, 2005).

Desde la óptica de estas propuestas,

Los movimientos migratorios forman parte no de una etapa histórica coyuntural, sino estructural. En su base está la división internacional del trabajo que resulta de un

régimen de intercambio desigual entre las economías de los países, según el sector al que pertenezcan —centro, semiperiferia o periferia— del sistema capitalista mundial (p. 69).

Es decir, las razones para la inmigración tienen —desde luego— una estrecha relación con el sistema económico imperante, elemento que se mantiene en vigencia, como veremos más adelante.

En términos generales, existen factores culturales y sociales, así como la creación de redes sociales perdurables, que influyen en la decisión de inmigrar. Quizá el único componente común entre todas las propuestas es la necesidad de construir una estabilidad personal o familiar que satisfaga los criterios mínimos para vivir. Sobre ello, Arango (2003) nos aporta un apunte final importante:

Cabe dudar de la utilidad del acento predominante que, hasta ahora, se ha puesto en las causas de las migraciones. Como alguien ha dicho, las migraciones internacionales son a la vez muy complejas y muy sencillas. Por un lado, cuando se indaga acerca de las causas, es extremadamente difícil proporcionar respuestas generales que puedan servir para explicar una variedad ilimitada de situaciones. Como ponen de manifiesto tanto las encuestas como las historias de vida, las causas de las migraciones son innumerables, de modo que las respuestas generales están abocadas al reduccionismo (p. 24).

Finalmente, la definición genérica sobre la cual partimos plantea que ese proceso de inmigración puede ser *por tiempo indefinido, por tiempo prolongado o de manera temporal*.

El lapso de estadía depende de varios factores, pero es un resultado indirecto de la pregunta ¿por qué migran las personas? Al ser la respuesta ‘migran para buscar un futuro mejor, una vida digna y trabajo o huyen de condiciones que ponen en riesgo su existencia’, esto determina el tiempo en el cual estén fuera de

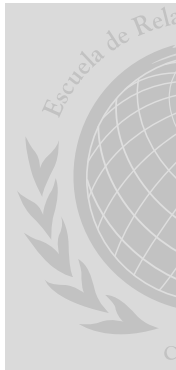
su tierra; también las posibilidades reales de traslado influyen en esta realidad.

El traslado por tiempo indefinido es partir sin una idea clara de cuándo se volverá o si se regresará del todo. Una decisión difícil en la mayoría de los casos. Esto es mayormente relacionado con la migración económica, pero, en casos muy disímiles; puede ser el traslado permanente de un inmigrante calificado para trabajar con una gran compañía, o puede ser el inmigrante no calificado que busca países con un mejor nivel de vida que el suyo de origen, mas sin una intención de volver salvo de visita y una vez bien asentado. En este último caso, es común el peso de las redes familiares para un traslado permanente. Así, también las normativas domésticas, en muchas ocasiones, facilitan la ‘reunificación familiar’, lo cual estimula la estancia duradera en otro país, formando allí, finalmente, una nueva vida.

Con respecto a la migración por un tiempo prolongado, implica usualmente una expectativa previa de vivir y desarrollarse por un tiempo considerable, y luego volver. De acuerdo con Micolta (2005), este tipo de migración

Es la expectativa más frecuente entre los emigrantes modernos. Se emigra generalmente con la fantasía, a menudo irreal, de que solamente se va a estar unos años fuera del país de origen. En muchos casos ello no es así y la emigración se convierte en definitiva (p. 64).

Y llegamos a la inmigración temporal. Habitualmente, esta va de la mano con procesos productivos en el país de destino, lo que quiere decir que se vincula a la necesidad de mano de obra por ciclos o estacionalmente y, desde luego, con el requerimiento de trabajo de las personas en el país de origen. Igualmente, existe la inmigración interna estacional, por ejemplo, los habitantes de Santiago del Estero en Argentina, quienes se trasladan a diversas partes del país para el *despanojo* de maíz.



II

GLOBALIZACIÓN, ESTADO Y LAS PERSONAS POTENCIALMENTE MIGRANTES

Para establecer una metáfora sobre el concepto de ‘globalización’ y su aparición en la década de 1970, Manhkopf y Altvater (2017) recuerdan que las legendarias imágenes del alunizaje del Apolo 11 en 1969 dieron la vuelta al mundo, y esa gran esfera azul impactó a todos, pues nunca se había visto nuestra propia y espectacular existencia terrestre desde una óptica tan integral y externa. La conciencia de ser un único y complejo actor colectivo empezaba a formarse.

Definir la globalización es siempre una tarea compleja y depende de la conjunción de muchas variables tanto propias como extrañas, a partir de los particulares marcos de referencia de quienquiera enunciarle y describirle. Y cabe anunciar que no pretendemos conceptualizarla exhaustivamente, no es parte de nuestro objetivo, pero sí es relevante caracterizarla, en función de sus componentes más relacionados con la inmigración y los proyectos políticos de carácter populista, lo que también significaría, esperamos, un aporte a la ya compleja búsqueda de una definición.

Las diversas perspectivas sobre la globalización son tensas y evidencian contraposiciones entre apertura y amurallamientos, entre lo local y lo global y hasta entre lo público y lo privado; asimismo, “tensiones entre intereses nacionales y mercado global, y por ello entre nación y Estado, y entre seguridad del individuo y movimientos del capital” (Brown, 2015, p.24). La globalización es, en sí misma, contradicción.

Como se sabe, este fenómeno es el origen de posiciones muy antagónicas y es transversal a las diversas arenas de organización social. Sus defensores le promueven como el paso natural de la civilización ya domesticadamente capitalista, al tiempo que sus detractores no ven más que un gran juego de suma cero a favor de los intereses de los que lo controlan, ni más ni menos.

Joachim Hirsch (1996) y Zygmunt Bauman (2013) califican la dificultad de definir —y hasta comprender— a partir de una *fetichización* creciente del concepto; es decir, la globalización se ha convertido en causa y consecuencia de todo fenómeno social, político o económico, sea presentado en discursos políticos o académicos. De hecho, la diversidad de intentos para definirle deviene precisamente de los variados ámbitos que atraviesa, así como sus variopintos efectos, entre estos, la inmigración.

Sobre sus definiciones

Acerca de esta menuda empresa de buscar una definición, el primer autor tuvo la idea de identificar la globalización a partir de lo *técnico*, en lo relacionado con los indiscutibles avances tecnológicos, con Internet como el más evidentemente globalizado y globalizador, además de ser la mejor analogía del fenómeno; de lo *político*, en tanto la consolidación de organismos supranacionales y multilaterales, que intentan establecer un orden, una normativa y un intercambio de carácter universal, con la Organización de las Naciones Unidas (ONU) como el mejor ejemplo; de lo *ideológico-cultural*, desde la universalización de determinados modelos de valor o concepciones de vida devenidos del consumo, propagando formas y fondos que superan, como mínimo, las barreras idiomáticas; y de lo *económico*, con la consolidación del libre comercio y las bondades de la acumulación capitalista.

Estos elementos han dado a la globalización una identidad variada que, de acuerdo con los intereses y el marco de referencia de quien le intente definir, así será la conceptualización; “para unos contiene una promesa de un mundo mejor y más pacífico; para otros, en cambio, se vincula con la idea de un caos global. Como siempre, la definición depende de las posiciones teóricas

y políticas asumidas” (Hirsch, 1996, p. 83). Podríamos agregar que, cuando la posición ya se ha tomado, es cuestión de buscar el marco teórico que más se adapte al gusto y a la necesidad.

El componente de un sistema económico determinado —esto es el capitalismo—, como una característica elemental de la globalización, es quizá el único indiscutible y siempre presente en los abordajes que se hacen de este esquivo fenómeno. Inclusive, en las reflexiones más actuales, ya se está observando la subordinación de los sistemas políticos a las decisiones económicas, con una identidad cada vez más fuerte de los denominados —existentes y a veces muy invisibles— poderes fácticos y su peso en las discusiones. Bauman (2012), de hecho, habla de una separación entre poder y política, pues “gran parte del poder requerido para actuar con eficacia del que disponía el Estado, ahora se está desplazando al políticamente incontrolable espacio global; mientras que la política es incapaz de actuar de manera efectiva a escala planetaria” (p. 8). La política, la tradicional dominadora, está siendo dominada.

Retomando a Hirsch (1996), este asegura que muchas de las premisas positivas de la globalización no son reales o no se cumplieron. Es a partir del planteamiento de este autor que podríamos identificar las siguientes afirmaciones, en función de lo que pretendemos desarrollar más adelante:

- Efectivamente, existe una pluralización del centro capitalista con países como Estados Unidos, Japón, Europa occidental y, más recientemente, China, pero, a su vez, esto ha llevado, hace poco, a una creciente ola de proteccionismo. Lo dicho de último es, en primera instancia, incompatible con el ideario de la globalización. Y este proteccionismo no se ha restringido solo a lo económico y lo productivo, sino que se evidencia en lo social y cultural.
- Los efectos de la globalización económica han generado condiciones tercermundistas en países subdesarrollados y dentro de los desarrollados, inclusive, fomentando la exclusión interna de diversas

poblaciones. Esta ha sido capitalizada por proyectos políticos que buscan encontrar culpables específicos para obtener apoyo.

- Muchos vaticinios globalizadores apuntaban a una desaparición paulatina —o al menos pérdida de protagonismo— de los Estados-nación; esto no se ha dado y, más bien, se ha identificado un crecimiento de discursos y políticas nacionalistas o populistas, un afán de la *renacionalización* de la política.
- Han crecido las desigualdades internacionales, partiendo, entre otros elementos, de los efectos de la liberalización indiscriminada y no controlada de los mercados y la economía. Esto ha derivado en la intensificación de huidas y migraciones forzosas masivas, en busca de mejores oportunidades.

Asimismo, “hoy en día, sólo los partidarios más fundamentalistas de la globalización económica ilimitada admiten que el efecto dominó del libre comercio, el alto grado de integración del mercado internacional y el flujo de capitales es siempre positivo” (Appadurai, 2007, p. 15); pero este proceso económico es más bien, como se acaba de sugerir, el origen de la creciente ola migratoria de la que estamos siendo testigos. El efecto de las crecientes desigualdades desde las disimilitudes en los términos de intercambio influye en que millones de personas busquen condiciones mínimas para poder subsistir, o, para el caso, se convierten en desplazamientos forzados

Se demuestra, entonces, que la globalización, sin siquiera aventurarnos en esbozar una definición, tiene, indiscutiblemente, diversas repercusiones económicas, políticas, sociales, y, por ende, en las condiciones de vida humana. Por otra parte, debe entenderse que, a pesar de mostrarse por separado, todas estas características se interconectan en lógicas complejas de causa-efecto.

Al detenernos en una reflexión sobre la lluvia de ideas e imágenes que vienen a nuestra mente cuando se menciona la

palabra 'globalización', la figura humana se detiene en un lugar medio de la fila, mientras iniciamos con 'economía', 'empresas', 'transacciones' o 'tecnología', o al menos esa es nuestra percepción cuando hacemos tal ejercicio, pero, probablemente, diste mucho de lo que pensó el lector. Ello plantea ya un primer acercamiento a lo que la globalización significa para la persona humana en el contexto actual. Podría ser, a su vez, una interesante paradoja, a partir del discurso de los defensores de la forma que el proceso tiene en este momento: es lo mejor que pudo pasarle al ser humano; sin embargo, simultáneamente, el ser humano es su principal víctima. Creemos que esto se agudiza en su ligamen con las poblaciones migrantes y, posteriormente, con los proyectos políticos de características populistas.

¿Y el inmigrante? ¿globalizado?

Al reconocer la época actual como de 'alta globalización', se puede identificar un enlace directo con históricas estadísticas de migración. Existen alrededor de 250 000 000 de migrantes internacionales (OIM, 2015), siendo, de hecho, la época que Stephen Castles (citado por de Lucas, 2014 y OIM, 2015) llama —y a estas alturas es dicho de forma casi doctrinal— “la era de las migraciones”. La relación no es descabellada pues, como se sugirió, a más globalización, más migración.

El alto tráfico financiero no encuentra restricciones, su circulación es prácticamente libre e irrestricta, tal cual promesa globalizadora, y los Gobiernos más bien refuerzan las políticas que impliquen la llegada de capitales, legislando para formular y dejar en firme toda clase de facilidades. No obstante —en una gran paradoja o, como mínimo, contradicción—, se consolidan cada vez más las políticas para restringir el movimiento humano, relegándole a su suerte como el perdedor de la globalización. Con más especificidad, es el inmigrante el que se ve restringido, no así el emigrante, ya que:

El derecho de admisión es más fuerte que el derecho de salida, especialmente cuando se trata de personas (...),

hoy día podemos discutir la unidireccionalidad en la que está preconcebida ‘nuestra’ sociedad abierta, puesto que el argumento está pensado para salir del territorio. De ahí que en el siglo XXI lo que define las fronteras ya no sea la “opción salida” sino la “opción entrada” (Zapata-Barrero, 2009, p. 26).

Un resultado del fenómeno de la globalización es lo que crudamente Bauman denomina “desperdicios humanos” (2012), como las personas que la modernidad global expulsó por no ser útiles o no poder integrarse con éxito al sistema económico actual. En la primera línea —y casi única— de solución para ello, está la migración, pero, paradójicamente, los inmigrantes son también parte potencial de esta categoría. Y decir ‘desperdicios humanos’ no son únicamente palabras crudas y duras, sino un diagnóstico que puede retratarnos como humanidad, a pesar de que quisiéramos evitarlo. Pero, ahondemos más, ¿por qué surgen estos ‘desperdicios’ y cómo los vemos reflejados en la inmigración?

La globalización asigna recursos de acuerdo con las capacidades de cada cual, para captarlos y disfrutar de ellos; mas esto no implica las mismas oportunidades de todos para esa captación. De hecho, el acceso a tales oportunidades depende de muchas variables como la geografía, el fenotipo, el género, la clase social o la educación. Esta idea es clara y poco debatible. No es igual intentar acceder a la educación, si se nació mujer en la convulsa y pobre Somalia, que si se es un niño de una familia de clase media en algún suburbio de Pittsburgh, Pensilvania. Esta pequeña gran diferencia reduce, desde luego, las posibilidades de formación y superación propia, de forma dramática, y quienes no pudieron acceder a ello, en muchos casos, dejan sus hogares en busca de una mejoría en sus condiciones, pero sin posibilidades seguras de éxito.

La presión económica del proceso globalizador afecta las instituciones políticas mismas. Los remanentes de los Estados benefactores de la década de 1970 se reducen en torno al acaparamiento del libre mercado. El Estado se volvió un estorbo para

la doctrina en boga y la proscripción de sus funciones sociales ha tenido un efecto dramático en las condiciones de vida de las poblaciones más pobres, las cuales siempre son las primeras —y a veces las únicas— afectadas por el avasallamiento de este conjunto de efectos que hemos llamado globalización.

Algunos estudios, y varios expertos, afirman que la globalización ha traído beneficios tanto a países en desarrollo como a los desarrollados, pero,

Tales estudios tradicionalmente no se interesan en los índices de desarrollo integral, sino en cifras sobre actividad comercial global e ingresos totales. Y lo que no se calcula, principalmente en los estudios es el impacto provocado por el cambio de los agentes de control del comercio de la esfera local a la internacional, donde los que toman las decisiones no son políticos responsables a los electorados. Son más bien los que administran las bancas de capital, naturalmente con su interés principal en realizar ganancias sobre sus amplias inversiones. (Mateus y Brasset, 2002, p.68).

Esto evidencia una suerte de falacia entre lo que se considera 'beneficios' partiendo de las consecuencias de la globalización. Es indiscutible la propagación de la tecnología y su potencial aporte e, inclusive, la asimilación global de valores políticos democráticos; pero no puede ni debe perderse de vista que el proceso mismo, siguiendo una lógica de acumulación, no estimula la distribución equitativa, únicamente maximiza ganancias para los afortunados quienes gozan de las ventajas del fenómeno, que son los menos.

Sumada a los elementos de exclusión, cruciales para comprender las consecuencias migratorias, también se plantea otra derivación de la globalización, de la mano del tercer punto, de lo expuesto por Hirsch, previamente citado: la supuesta desaparición de los Estados-nación. De hecho, Manhkopf y Altvater (2017) incluso destacan que los procesos de globalización económica han llevado a que las funciones de los Gobiernos se 'tercericen' y queden sujetas a las indicaciones o intereses de actores

privados y todo tipo de organizaciones de la sociedad civil. Tal alusión es acertadísima y bastante clara sobre un proceso en el cual el peso de la política —y el ente político por definición, el Estado— pierde espacio y preponderancia en las decisiones. Precisamente este fenómeno es fundamental para el crecimiento de ciertos proyectos políticos de corte populista.

Es claro que el imaginario de la globalización, con base en una virtual desaparición de las fronteras y una sustancial modificación de las estructuras típicas de los Estados-nación, no se ha consolidado y, más bien, esto se ha convertido en una idea que causa un fuerte recelo. A pesar de una cantidad importante de acuerdos en torno a la regionalización en diversos grados y temáticas (sea del tipo Unión Europea, ALBA o NAFTA), estos han sufrido reveses o han llegado a un límite impuesto por las soberanías últimas de los Estados; el abandono de Gran Bretaña del tratado europeo o las políticas del actual presidente de Estados Unidos, Donald Trump, acerca de la revisión de los pactos comerciales de esa potencia en función del discurso proteccionista, son ejemplos ineludibles de tal afirmación.

Son casos como los aludidos los que van brindando el marco específico sobre el cual se basan los diferentes argumentos de los discursos políticos, que queremos entender y evidenciar. Primeramente, la resistencia frente a cualquier modificación de la estructura clásica del Estado-nación, a partir del discurso político, está mostrándose renovada en latitudes diferentes, pero con características similares, y ello está encontrando en ‘el otro’ el culpable perfecto, una de las razones y consecuencias de su discurso y accionar.

Este ‘otro’, como se sugirió antes, viene a calzar con el inmigrante. Se convierte en el objeto de lo que Fernando Savater (1998) denomina “conciencia fiscal” en tanto “la necesidad no tanto individual (psicológica) como colectiva (institucional) de hallar responsables personales y voluntarios de todos los sucesos negativos que afectan a la comunidad” (p. 66). Esta necesidad de buscar los culpables —que más que menos llegan a equivaler a ser ‘enemigos’— es un fenómeno histórico y, como lo recuerda el autor español, lo más probable es que ha existido en todas las

épocas, debido a que “las sociedades se definen *frente a* mucho antes que *junto con o para*” (Savater, 1998, p. 67).

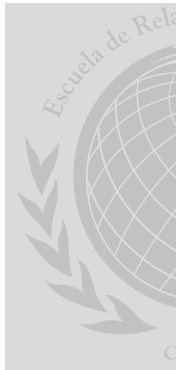
Este punto es muy importante: la conciencia social existe, es una potencialidad, es muy proclive a estar presente, de allí que es un terreno altamente fértil para la siembra de discursos que identifiquen en el inmigrante el culpable de los males sociales, el cual es ajeno al Estado-nación por nacimiento. Cuando Marine Le Pen aseguraba, en febrero de 2017, que los inmigrantes son los principales responsables del desempleo en Francia, su discurso debió interrumpirse por el grito unísono de *¡On est chez nous!* (“¡Esta es nuestra casa!”) (El País, 2017). La disertación, basada en la recuperación del Estado-nación, es evidente y necesaria para estos proyectos: en ese mismo mitin de Le Pen “los conceptos de patria, patriotismo, pueblo o extranjeros, relacionados con los de soberanía, seguridad o libertad han sido citados decenas de veces en el discurso” (El País, 2017). Esta retórica lleva a centrar el debate, de acuerdo con Ricard Zapata-Barrero (2009), “en la coexistencia de diferentes culturas y tradiciones en una esfera pública inicialmente ocupada por una cultura dominante, la que se expresa a través de la ciudadanía” (p. 20).

El núcleo político que significa el Estado-nación es el componente fundamental que reúne población y lo territorial, para construir el discurso confrontador de la globalización como un desafortunado e injusto proceso que atenta contra lo ‘propio’, lo ‘nuestro’, ‘lo nacional’ y estimula la llegada de la inmigración. Esta es, al fin y al cabo, una masa de *otros* que atentan contra ese Estado-nación y esto enmarca la posibilidad de la exacerbación de discursos populistas y nacionalistas.

En este aspecto, cabe que comprendamos, acorde con Appadurai (2007), que “bajo la idea misma del Estado-nación moderno subyace otra idea fundamental y peligrosa, la idea de una «etnia nacional»” (p. 16). Este fundamento es importante para el discurso nacionalista-populista que se nutre —y a su vez nutre— la mencionada conciencia social. La idea de pureza, en contraposición, se basa en la existencia de una impureza que atenta contra la ‘nación pura’, lo cual es un elemento clave para el nacionalismo-racista; precisamente para los defensores de

esta idea “el problema estriba en que existe un inevitable fallo de correlación entre la esencia nominal y la esencia supuestamente real” (McMahan, 2014, p. 55).

Finalmente, debe comprenderse, para el contexto actual del discurso nacionalista, que “toda nación, bajo ciertas condiciones, demanda transfusiones totales de sangre y suele exigir que una parte de su sangre sea expulsada” (Appadurai, 2007, p. 17). Ahora pasemos a ver cómo la coyuntura y lo desconocido son capitalizados por los discursos políticos populistas.



III

LA INCERTIDUMBRE Y EL MIEDO COMO ELEMENTOS NECESARIOS DEL DISCURSO

Las variedades de aspectos desarrollados en las líneas previas se conjugan en el discurso político de muchas formas. Depende de quién, cómo, dónde lo dijo o a quiénes está dirigido y, al mismo tiempo, sus repercusiones son igualmente variadas.

Para el caso que nos ocupa, debe atenderse la utilización del miedo y la incertidumbre como un recurso poderoso en ese discurso político, que pone en el ojo del huracán, entre otros, a los inmigrantes.

Los procesos globalizadores han traído, indefectiblemente, un recorrido y una saturación informativa como en ninguna época previa (Castells, 2012). Bauman (2012) apunta, acertadamente, que estamos “en un planeta atravesado en todas direcciones por ‘autopistas de la información’, nada de lo que ocurra en alguna parte puede, al menos potencialmente, permanecer en un «afuera»” (p. 13). Esta circulación libre de datos se expresa, de igual manera, en la propagación de lo material y lo ideológico (Appadurai, 2007), lo cual desemboca en diversos grados de incertidumbre. No hay problema en afirmar que esta es esperable, dada la novedad misma de la globalización. Pero, así como lo plantea este autor, las formas —y por ende las consecuencias— de tal incertidumbre pueden ser variadas.

La posibilidad de observar, en tiempo real, acontecimientos que antes se percibían en la lejanía o a los que del todo no se

tenía acceso ha influido en el crecimiento de una incertidumbre sobre lo que nos rodea, sobre lo que puede ocurrir o, inclusive, puede poner en duda lo que se daba por supuesto. La verdad misma está siendo redefinida, ha llegado a ser comprendida como una alternativa más, tan válida como la que le sigue. La actual ‘modernidad líquida’, la que bautizó y describió Bauman (2012; 2013), precisamente se caracteriza por una incertidumbre acerca del futuro, la contingencia de una inseguridad generalizada — en muchos aspectos—y una fragilidad humana permanente.

Tal incertidumbre, este desconocimiento de todos los elementos que nos rodean no es, en sí mismo, un problema inmanejable y, como apuntamos, es una característica inherente a los procesos globalizadores que influyen en la percepción que el ser humano tiene sobre sí.

Ahora bien, diversos tipos de incertidumbre se agudizan cuando existen desplazamientos de personas, particularmente a gran escala; estas coyunturas despiertan muchos sentimientos, actitudes y sensaciones diversas que derivan en una necesidad de certeza para los que se están movilizand, pero, sobre todo —para nuestro interés analítico—, para quienes viven en un territorio proclive a la recepción de inmigración.

La incertidumbre, cuando no es bien canalizada o disminuida, la información es limitada o distorsionada y la acción política —local o regional— es lenta o inexistente, puede agudizarse en miedo. Particularmente, para el caso de los países potencialmente receptores de inmigración, la conjunción de estos elementos es determinante para la reacción frente a la llegada de ‘el otro’ inmigrante.

El mundo político, social y económico ha cambiado mucho en las últimas décadas. Manhkopf y Alvater (2017) han descrito acertadamente que, aunque existen luchas nacionales y transnacionales contra las desigualdades de clase, el auge del ‘precariado’, como una ‘no clase’ en detrimento del proletariado, ha afectado dichas luchas. Pero más interesante aún, nos dicen estos autores, es que aquellas verticales y clásicas diferencias de clase han perdido fuerza, valor y, ciertamente, mucho sentido; han sido sustituidas por “diferencias étnicas, nacionalistas,

raciales, religiosas y otras se exageran como cualidades especiales frente a los «extraños» (p. 42). El histórico grito contra el poder hegemónico, que exige mejores condiciones salariales y reivindicaciones laborales, se ha convertido en reclamos étnicos, religiosos o nacionalistas, así como se redirige contra otro nuevo enemigo, al cual, finalmente se le achaca las mismas carencias del 'nosotros'. Pero, eso sí, esto último, a diferencia del clásico grito sindical, puede ser atizado por un poder político establecido o, como mínimo, emergente.

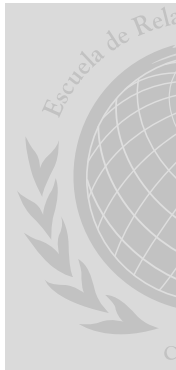
Históricamente, la constante búsqueda de una línea de identificación o límite entre el 'nosotros' y 'ellos' ha sido fundamental en la proliferación de miedos acerca de la influencia y las consecuencias, precisamente, de las razones ficticias de esa línea divisoria, a pesar de que "parece extraño, que la identificación étnica puede florecer allí donde la distinción entre el "nosotros" y el "ellos" es difícil de observar para un extraño" (Lichtenberg, 2014, p. 110). En este punto, es básico retomar lo mencionado en los renglones inmediatamente previos: la incertidumbre que da origen a los miedos tiene un principio en la combinación de elementos provisionales, coyunturales que, en el momento exacto, podrían, más bien, ser canalizados de diversas maneras, para que el impacto en el encuentro entre la sociedad de acogida y la llegada de 'los otros', particularmente de los inmigrantes, sea el menor posible, buscando una efectiva inclusión y convivencia. Pero, como se verá más adelante, el discurso político anterior a la acción —crucial para este proceso— utiliza muchas veces este fenómeno como un elemento a su favor, para consecución o acumulación de poder en detrimento de procedimientos de inclusión.

El miedo a lo desconocido —o a los desconocidos— ha llegado a ser, ciertamente, una sensación esperable, desprendido de esas consecuencias globalizadoras que no han tomado en cuenta una normalización del procedimiento migratorio y, por el contrario, le asignan etiquetas que aumentan la incertidumbre frente a los que viven este proceso como inmigrantes.

En la actualidad, en diversos discursos políticos alrededor del mundo, en los que se está llevando a una reivindicación del Estado-nación, el inmigrante crea inseguridad frente a la

‘normalidad’ y la ‘perfección’ de las determinadas nacionalidades; ello ya lo palpamos en líneas previas, por ejemplo, a través de Carolin Emke con su triunvirato “homogéneo – natural – original”. Estos ‘otros’ generan incertidumbre por sus costumbres diferentes o sus idiomas extraños; “sus movimientos desafían la vigilancia de las fronteras. Sus transacciones financieras borran las líneas divisorias entre las economías nacionales y entre las transacciones lícitas y delictivas” (Appadurai, 2007, p. 63). Así, lo que puede significar un encuentro con posibles aportes culturales, se convierte en una amenaza inminente.

Los sentimientos de miedo e incertidumbre, como veremos en próximas páginas, actualmente están siendo estimulados con objetivos políticos, por ende, la identificación de sus promotores, así como sus objetivos y fines son determinantes para evitar extremos como la violencia, el racismo y la xenofobia, que están generando odios y acabando con muchas vidas.



IV

AHORA BIEN, ¿QUIÉN ES ‘EL OTRO’?

A lo largo de mucho tiempo, cuantiosos estudios y publicaciones se han enfocado en tratar de definir, desde una amplia diversidad de campos y desde hace bastantes años, quién responde a ‘el otro’.

Podría ser consenso reconocer que, de entrada, nadie quiere ser ‘el otro’. Una posición cargada de estigma y de exclusión. Su delicadeza radica en que la forma en que entendemos y definimos a ese ‘otro’ va a condicionar nuestra relación con él.

La existencia de un ‘otro’ incluye no únicamente la de un ‘nosotros’ —como haremos referencia en las líneas siguientes—, sino también es el reconocimiento de la existencia de la pluralidad y la diversidad, sea social, cultural o étnica.

Otra afirmación que podemos hacer con certeza es que la diversidad es un hecho y una mirada a los mapas del mundo puede alimentarnos con una variopinta experiencia de colores, gustos, creencias; pero, además, de conflictos, crisis y desfases, precisamente, a raíz de la diversidad en el sentido más amplio. En esta última, igual se encuentra la diferencia, eso es claro de entender. Mas, en las formas de comprender esas distinciones, a partir de experiencias, pero, sobre todo, desde el discurso dominante, es que está la brecha entre la integración y la exclusión, la aceptación y el rechazo, y hasta la vida y la muerte.

Los discursos plantean cómo ‘el otro’ es, debe o va a ser definido y cuáles son las claves para tratarlo, así como cuál es su rol en las sociedades. Veamos esto: en su obra *El valor de los otros* (2006), el filósofo Gabriel Bello desarrolla y problematiza

sobre la polémica que surgió en Francia (y de hecho en otros países europeos) acerca de la utilización de un pañuelo en la cabeza de mujeres musulmanas, como accesorio de su vestimenta, pero, sobre todo, como parte de su tradición cultural. Empero, dice el autor, al usarlo en el espacio público europeo y no en el suyo de origen, le convierte en un **pañuelo inmigrante**, es decir, es un pañuelo de 'el otro'; añadimos que la prenda se transforma en una **etiqueta física, real y palpable**, la cual dice que quien le lleva es "extraña", diferente y esto se asocia, a su vez, al marco de referencia sobre la cultura musulmana. Al respecto, Bello se pregunta: "**Cuál es pues, la diferencia (cultural) que ha marcado una diferencia (política) en la opinión pública occidental, acostumbrada a las tocas de monjas y a los velos de las creyentes católicas [...]?**" (p. 42). Pues este trozo de tela tiene una significación muy específica en el discurso cultural hegemónico europeo.

El discurso político de aversión hacia los musulmanes — que, veremos, tiene una importancia fundamental en todo esto actualmente— ha permeado los elementos tangibles e intangibles asociados a la cultura de aquellos, creando juicios de valor "**sobre el valor acerca de quienes se identifican con ella, los otros, sobre su diferencia y su alteridad**". (p. 15). El 'otro' acarrea un juzgamiento *a priori*, eso es inevitable desde el momento cuando se reconoce su otredad. Recae la mirada y el murmullo sobre su legalidad —ilegalidad—, belleza —fealdad—, inocencia —culpa— y sus motivaciones. El otro siempre es juzgado a partir de lo que nos haga sentir a nosotros. El pañuelo en la cabeza —no cualquiera, sino el musulmán— representa una declaración pública de su cultura, lo que a su vez es entendido desde la concepción que se tiene de dicha cultura, el marco de referencia del que hablábamos con antelación. Aquí vemos que el problema puede no ser la 'mezcla' *per se* de 'el otro' inmigrante en la sociedad de acogida, sino de aquel que se mezcla sin perder sus características propias ni su identidad (Izaola, 2017). Esto es muy importante, como veremos, para los discursos políticos que basan su posición en la 'irrupción' de esos 'otros' en una sociedad determinada.

‘El otro’ —y los debates sociales que puedan existir por su presencia— finalmente se basa, en su abrumadora mayoría, en una cuestión de interpretaciones. Como apunta Zapata-Barrero (2009), cuando se dan conflictos y tensiones con respecto a los inmigrantes, no se habla usualmente de los hechos, sino de las interpretaciones, por lo que, concluye este autor, los debates no son sobre la inmigración, sino sobre cómo se interpreta esta. ‘El otro’ “es parte de un ejercicio arbitrario de clasificación” (Izaola, 2017, p. 19); ello pasa por la cotidiana y muy humana construcción u ordenamiento que el ser hace de su entorno, de su realidad social. Tales clasificaciones pocas veces se basan en algún fundamento científico; mayormente, son una cuestión cultural o moral que deviene del acervo de historias, experiencias y el bagaje propio de cualquier sociedad.

Como se desarrollará en el siguiente apartado, el discurso populista enmarca a ‘el otro’ como un peligro contra la homogeneidad; cabe recordar que, en las más recientes elecciones italianas, el partido populista de derecha, el Movimiento 5 Estrellas, veía en los inmigrantes un riesgo contra la “Italia blanca y cristiana” (Bontempo, 2018), la Italia que se supone siempre estuvo allí y está escondida intacta, esperando por la limpieza de su rostro.

Tan radical y subjetiva es la posición sobre ‘el otro’ que, efectivamente, no existe ni siquiera un criterio de temporalidad. Zygmunt Bauman desarrolla, en varias de sus obras, cómo en la Alemania nazi el judío vecino de toda la vida, su hija y su esposa, de repente, se volvieron un ‘otro’ despreciable, peligroso y que debía expiar todas las culpas con su propia vida; esto “por el hecho de que habían sido asignados a una categoría de seres que tenía que ser exterminada como tal” (2010, p. 27). El discurso político hegemónico ubicó a los judíos como ‘el otro’ con tal éxito que una gran parte de la sociedad lo aceptó. La otredad se construyó sobre criterios de inferioridad racial y argumentos pseudocientíficos y, con ello, se juzgó y condenó a quien pertenecía a esta cultura, porque así se designó.

En la historia de las sociedades, siempre se construye y deconstruye al otro. Existe una necesidad de la existencia de

otro que defina el *nosotros*. Pero ese 'otro' no es estático, los requisitos cambian y el peso de sus características también. No es lo mismo un 'otro' rubio de habla inglesa en el aeropuerto de La Aurora en Guatemala, que un indígena guatemalteco en las calles de Ciudad de Guatemala; posiblemente el trato hacia el rubio sea más cortés que con 'el otro', con el cual se tiene, de cierta forma, más cercanía histórica.

Sobre 'el otro' y el discurso político

La diferencia y la otredad se construyen a partir del discurso. El discurso oficial es controlado por los poderes hegemónicos. En los detentores de poder, está la posibilidad de emisión de discursos influyentes y vinculantes. Las élites políticas, nos dice Teun van Dijk (2009), realizan un control social desde la escritura y el habla, sea desde reuniones de gabinete o como invitadas en algún programa de entrevistas con buen *rating*.

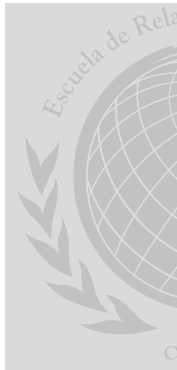
El racismo, por ejemplo, se basa en la "(re) producción de los prejuicios étnicos que fundamentan dichas prácticas verbales, así como otras prácticas sociales ocurre en gran parte a través del texto, de la charla y de la comunicación" (van Dijk, 2009, p. 182). Es así como el peso del discurso se muestra al momento en que se construyen los imaginarios sobre 'el otro', de la misma forma que se crea la nacionalidad y los sistemas de identidades. A ello Caroline Emke (2017), en su íntima y sentida obra *Contra el odio*, llama 'relatos', estos "inventan códigos sociales, culturales y corporales" (p. 110) que dan una caracterización a una determinada nacionalidad, pero, a su vez, asignan la etiqueta de 'extraño' a otros, en función de las diferencias y la incertidumbre autogeneradas. Esta misma autora, precisamente, aporta un triunvirato conceptual que nos brinda luz sobre la concepción de ese "nosotros" —históricamente, pero, más que todo, en las sociedades contemporáneas—. Emke explica el "*homogéneo – natural – puro*".

Con estos criterios, que veremos ejemplificados más adelante, la estudiosa se refiere a tres de los más usuales "métodos arbitrarios de los que las sociedades se sirven para rechazar y

denostar tanto a individuos como a grupos” (2017, p. 108). Primero, a la presunta *homogeneidad* de una sociedad en cuanto a cultura, religión, etnia; segundo, al rango de *lo natural* que se inscribe en un mito fundacional —básico en los discursos populistas— de una nacionalidad “vinculada a una suerte de ideología original o a un orden natural” (p. 131), y, tercero, al vigente y peligroso recurso de la pureza étnica, cultural y racial que reduce a los demás a una suerte de mancillados e inferiores o, al menos, diferentes, pero una desemejanza en detrimento de los otros, una que jerarquiza.

El discurso sobre ‘el otro’ es, finalmente, también un asunto de poder. Esto podríamos entenderlo desde dos contingencias: la construcción del otro y la búsqueda para la obtención y consolidación de poder. La primera sirve para establecer una distancia a favor del ‘nosotros’, con la potencialidad de determinar esa jerarquía a la que ha hacíamos alusión. Es el fundamento que está detrás del *si no le gusta, váyase a su país*, frase que, de forma implícita, sugiere que, si no está de acuerdo con las condiciones que se imponen, tiene la ‘libertad’ de irse, al tiempo que no reconoce —y de hecho desestimula— la posibilidad de alzar la voz contra la situación que genera la disconformidad. Lo anterior, sobradamente, puede tener un respaldo formal, al momento de institucionalizar el discurso, promoviendo políticas discriminatorias como la prohibición del voto, la formación de asociaciones o la integración de sindicatos. Y cabe recalcar lo siguiente: las diferencias no se quedan en ese espacio de disimilitudes, sino que pueden llegarse a materializar formalmente en desigualdades y exclusión jurídica.

El segundo lugar, y como se desarrollará en el próximo y último capítulo, la búsqueda para la obtención y consolidación de poder es otro asunto en el cual emerge el discurso sobre ‘el otro’ en relación, precisamente como un tema de poder.



V

EL POPULISMO Y LOS INMIGRANTES: ‘EL OTRO’ COMO EL CULPABLE

Hemos tratado de establecer, hasta este punto, quién es ‘el otro’ en las dinámicas sociales que pueden señalarlo, pero pocas veces definirlo —más difícil aún— de manera concreta y sólida. Así también, en el capítulo III, observamos el alto grado de incertidumbre, en el cual ‘el otro’ inmigrante está inmerso. Ello, a partir de un proceso inédito de globalización económica que, paradójicamente, ha estimulado la resignificación del Estado-nación con lo que, consecuentemente, las fronteras físicas, psicológicas y sociológicas se ponen a prueba; siempre teniendo al inmigrante en el medio.

La politóloga Ann Phillips escribe que, una vez finalizada la Guerra Fría, pero, sobre todo, partiendo de un desencanto generalizado por el comunismo y el capitalismo, emergió un vacío político que ha sido llenado por la ‘política identitaria’ (2017), la cual se ve representada, principalmente, en la identidad étnica, la religiosa y, agregamos aquí, la nacional. Estas se ubican a partir de un ‘otro’ que justifique su existencia, particularmente en momentos de incertidumbre, como se señaló más arriba.

Se ha incitado un miedo hacia lo desconocido —personificado precisamente en ese ‘otro’ inmigrante—, lo cual ahora es menester que exploremos. Y, en la práctica, encontramos la relación con los movimientos denominados populistas. Para comprobar este enlace, iniciaremos apuntando que muchos trabajos —varios ya considerados ‘clásicos’— han hecho aportes importantes sobre el estudio del fenómeno político del populismo, el

cual creemos —al igual que muchos analistas, académicos y medios de difusión masiva— que se ajusta a esta realidad actual. De tales indagaciones, se tomarán apuntes relevantes, con el afán de suscribir en la comprensión de este fenómeno político y su vínculo con ‘el otro’.

Las propuestas políticas se modifican de acuerdo con el contexto, la coyuntura, y, en menor grado, con la ideología o las políticas de Estado. El ojo de los políticos debe estar afinado para encontrar el momento justo y el tema correcto con el cual hacer llegar —y más aún, calar— su idea ante la ciudadanía y poder así consolidar su cuota de poder, sea por imposición o por medios democráticos. Ya lo aseguraba el politólogo Manuel Alcántara (2013), cuando afirmaba que es la ambición el motor para que alguien se avoque a ejercer la política, con la búsqueda de diversos métodos de persuasión con el propósito de conseguirlo.

Pero hagamos un paréntesis histórico que nos ayudará a comprender la coyuntura actual y su relación tanto con el surgimiento como con la consolidación del discurso populista.

Cuando la inmigración se consagró como inseguridad doméstica

Existe un parteaguas importante en el devenir reciente y son los ataques terroristas del 11 de setiembre de 2001 contra el World Trade Center en New York y el Pentágono en el Estado de Virginia (S-11). Estos acontecimientos afectaron, de manera profunda, las relaciones internacionales, revitalizando el paradigma de seguridad como el principal evaluador del fenómeno migratorio.

Como bien lo apunta Olivier Longué (2003), “el valor simbólico de este terrible suceso supera el número de personas que fallecieron en las Torres Gemelas” (p. 87). El efecto sobre la comunidad internacional fue profundo y todavía se conceptualiza sobre sus secuelas. Fue el inicio de muchos tipos de violencias —y nuevas violencias— que se extendieron fácilmente por el globo; la lucha contra el terrorismo incrementó una espiral de agresiones y contraagresiones, así como el nacimiento de la

“guerra preventiva” como la herramienta de control político-militar por parte de Estados Unidos, especialmente.

Todo esto llevó al incremento en el miedo y la incertidumbre, al igual que a la revitalización de una radicalización sostenida en el discurso contra ‘el otro’ —no únicamente, pero sí especialmente— islámico. En este momento, es cuando retoma protagonismo aquella polémica teoría del politólogo estadounidense Samuel P. Huntington, el “Choque de civilizaciones” (1993, 1996), en la cual se legitima académicamente una visión bastante polémica —pero ciertamente atractiva para muchos— que pretende explicar las complejas relaciones mundiales con base en múltiples civilizaciones en permanente conflicto. Como lo explica Appadurai (2007), “su imagen de las propias civilizaciones, concebidas en parte en sentido racial, en parte en sentido geográfico, en parte según la filiación religiosa” (p. 143).

De hecho, posterior a los hechos de S-11, el influyente politólogo italiano Giovanni Sartori (2001) llegó a plantear un ligamen entre el multiculturalismo y el desmembramiento de la sociedad, basando sus argumentos en que las culturas tienen diferentes valores y, al mismo tiempo, identificó los musulmanes como un ‘peligro’ para Europa. Asimismo, Barry (citado por Zapata-Barrero, 2009) sigue la línea de Sartori: “todas las culturas se basan en la concepción de lo bueno y lo malo, lo correcto y lo incorrecto, y por tanto no todas pueden recibir el mismo tratamiento. Su reconocimiento igual es imposible” (p. 38).

Posterior a ataques terroristas (Madrid y Londres en 2005, Boston 2013, París 2015 o Barcelona 2017, entre otros) llevaron a que “la generación del post 11-S se ‘está haciendo’ pero, sin lugar a dudas, está siendo socializada en un ambiente donde la sospecha se convierte en amenaza” (Zapata-Barrero, 2009, p. 39). Ello condujo, consecuentemente, a que los elementos tanto raciales como culturales fueran los explicativos de los conflictos y las desigualdades sociales y, de paso, de las crisis económicas y todo ápice de violencia, hecho que nos dirige a lo que Zapata-Barrero (2009) denomina “multiculturalidad del miedo”.

Con la recesión económica de 2008, se consolida otra etapa de gran profundización de la incertidumbre mundial, con

efectos innegables en la visualización ya altamente golpeada de cualquiera que fuera identificado como 'el otro'. En este contexto, vuelven a tomar más espacio una multiplicidad de discursos políticos enfilados a entender y explicar al inmigrante como el origen de estas precarias situaciones y en la reapreciación del Estado-nación como el núcleo desde el cual se solucionará toda circunstancia. Ambas características son atribuidas a ciertos tipos de discurso populista.

Sobre el discurso populista y su presencia actual

Ahora bien, hablar de populismo en la actualidad es remitir, indefectiblemente, a la historia y, con ello, a muchos casos con distintas variaciones que han ganado tal etiqueta a lo largo del tiempo. El constante uso del concepto precisamente ha conllevado ubicar muchos tipos de Gobiernos como tales. No es menester de este libro hacer exposición exhaustiva sobre la evolución y el cambio constantes del término, pero sí reconocer que, en el presente muchos Gobiernos responden a elementos de lo que Loris Zanatta (2016) denomina el "núcleo duro del populismo" y esta caracterización es una buena base para comprender el fenómeno.

Zanatta (2016) establece varias características que considera *básicas* o *mínimas* de los populismos históricos, reconociendo su posición determinada en el espectro ideológico. Así, al dialogar los aportes de este autor con algunos otros, se puede identificar la revitalizada vigencia del populismo en diversos discursos, relacionado, especialmente, con la construcción de 'el otro', en particular, del inmigrante.

Como punto de partida fundamental, a pesar de sus diversas variaciones, el fenómeno no está desprovisto de ideología; de hecho, de acuerdo con Zanatta "es a través de su ideología que ellos [los populistas] elaboran una reacción a una fase histórica que gran parte de la población vive como una crisis debida a la fragmentación de una comunidad, y a la pérdida de sentido y de valores". (2016, p. 20).

A partir de lo anterior, deben efectuarse varios apuntes. En primer lugar, un elemento mínimo común, en prácticamente todos los casos, es el contexto de una crisis fundada en rupturas estructurales —lo cual crea miedo e incertidumbre— y ello es interpretado por los populistas como una ruptura en la comunidad (que se presupone homogénea) y pérdida de valores propios de una nación dada. Damos aquí con el primer concepto del triunvirato desarrollado por Carolin Emke (2017), mencionado en líneas previas: lo *homogéneo*, en cuanto la cualidad de un organismo unido y conjuntado con características todas iguales, en el cual “la diversidad cultural o religiosa se ve como algo que podría poner en peligro la salud nacional del cuerpo de un pueblo homogéneo” (p. 118).

En segundo lugar, dependiendo de la ideología determinada, así se interpretará cuál es el origen o cuáles son los orígenes de esa crisis, al tiempo que condicionará las acciones por tomar para ‘resolverla’. Por otra parte, un elemento fundamental, que aporta a la comprensión del fenómeno del populismo contemporáneo, es que la base social de los nuevos populismos ha cambiado. Al decir de Zanatta (2016), ha surgido un desplazamiento de la izquierda a la derecha, que afecta el idealizar la abolición del individualismo, componente de los populismos clásicos. Actualmente, los proyectos considerados populistas encuentran eco,

En el modo que se manifiestan las frustraciones y el miedo de las clases no pobres, en muchos casos acomodadas, que están indignadas por la protección que el sistema social ofrece ciertas categorías consideradas por ellas inferiores e improductivas, como los inmigrantes (p. 234).

Este reconocimiento permite comprender cómo el discurso se ha modificado en función de otras clases sociales, según intereses de estas. En este caso, el inmigrante ‘juega’ un papel importante, como el objetivo y la ‘evidencia’ de un sistema político que consideran en crisis, limitado o desbordado; precisamente Inglehart y Norris (citados por Esparza, 2016) apuntaban que “el aumento de votos a partidos populistas **se debe explicar ‘en gran**

medida, como una reacción contra el cambio cultural progresista que se inició a principios de los 70". Un ejemplo de lo anterior se evidencia en una de las 144 propuestas de la candidata francesa Marine Le Pen para las pasadas elecciones presidenciales, por cuanto quería "limitar la inmigración a **10.000 personas al año** y los inmigrantes sin papeles no **tendrán derecho a asistencia sanitaria gratuita**" (D. A., 2017), debido a que el sistema no daría abasto para todos, de acuerdo con su justificación.

Estamos frente a un proceso innegable; este fenómeno complejo del populismo —así enmarcado por muchos politólogos europeos— "se trata del avance lento y sostenido de un fenómeno político en toda Europa que desafía, en algunos casos, las estructuras vigentes que pretende reformar y, en otros más extremos, los propios cimientos del proyecto integrador" (Bontempo, 2018). ¿Cómo podemos explicarnos que apenas 70 años después de la finalización de la Segunda Guerra Mundial un partido xenófobo de ultraderecha —Alternativa para Alemania— lograra tener representación en el Bundestag?

También puede recordarse que, en el 2016, el candidato austriaco de ultraderecha Norbert Hofer sentenciaba: "Para mí los austriacos están primero"; para él los extranjeros —ya sean migrantes económicos o refugiados— solo quieren a Austria por su generosidad en las prestaciones sociales, "lo que a todas luces debe acabar" y "porque Austria tiene medio millón de desempleados." (Valero, 2016).

En continuidad con la caracterización de este fenómeno actual, ha de recurrirse a Zapata-Barrero (2009), cuando afirma que "una de las distinciones del populismo europeo es su carácter 'antiinmigrante', frente a otros tipos de populismos como los populismos latinoamericanos o de otras partes del mundo" (p. 70). Estos casos europeos —a los que sí debemos ya sumar el ya citado de Donald Trump en Estados Unidos y algunos otros ya presentes en Latinoamérica, como veremos en próximas líneas— son lo que Bertz (2004) (citado por Hernández) denominó "populismo de derecha radical" (2011), uno que ha surgido como respuesta a la incertidumbre, aprovechándole para explotar su visión propia de los hechos sociopolíticos. Este populismo

ha encontrado en temas como la inmigración, la seguridad, el conservadurismo en lo social, la recuperación del Estado-nación y el proteccionismo, entre otros, sus tópicos bandera, sobre los cuales dirige su discurso.

El poder del discurso, por cierto, nos explica van Dijk (2004) “es un medio para controlar las mentes de otras personas y así, una vez que controlemos las mentes de otros, también controlamos indirectamente sus acciones futuras” (p. 9). De tal modo, cualquier propuesta o versión de la realidad, devenida de la élite política —como mencionamos previamente—pero también de figuras de renombre o cuya legitimidad se va consolidando, a partir de un buen manejo discursivo del contexto, tiene muchas posibilidades de calar en las personas.

Lo anterior llega a ser eficaz, pues los políticos con características populistas toman ventaja de temas que históricamente no han sido resueltos y surgen —o los hacen surgir— a la opinión pública, desde coyunturas de transición o alta incertidumbre. De esta forma, el discurso es poder. Precisamente, van Dijk (2004) nos confirma dos relaciones entre discurso y poder, las cuales también podemos confirmar volviendo un ojo al contexto del discurso populista: por una parte, el poder es control del discurso (qué, cómo y a quién se dice); por otra, el poder de controlar —o al menos digamos *influir*— las personas a partir del discurso.

Para contribuir con nuestro argumento, Zapata-Barrero (2009) aporta lo que él llama “la regla de oro de la retórica populista” (p. 73) que sintetiza en tres puntos:

- El ciudadano es el fundador de la legitimidad de la acción política, económica y cultural.
- Esta legitimidad se está alterando como resultado de procesos de multiculturalidad.
- El populismo busca restablecerla.

Con base en dicha ‘regla de oro’, el ciudadano se entiende, en esta interpretación, como el nacional de cada país. En muchos casos, ni siquiera es el naturalizado. Es el ‘yo’, pero sobre todo el ‘nosotros’, que siempre ha estado allí, es homogéneo y

comparte los mismos acervos interpretativos —en contraposición al otro—; en palabras de Zanatta (2016), es “un pueblo que existe en la naturaleza, una comunidad formada por la historia y la identidad esculpidas en la piedra” (p. 26). Aquí acudimos a los otros dos elementos del triunvirato que nos propone Carolin Emke (2017), lo *natural* y lo *puro*. En este discurso, “las propias creencias o la propia identidad es mejor, más importante o más valiosa que otra, porque está vinculada a una suerte de ideología original u orden natural” (p. 131), eso es lo natural, la pureza propia y única, el relato verdadero que debe prevalecer y que cualquier alteración corrompe. Y es la multiculturalidad —que puede extrapolarse a un sentido amplio al contacto inmigrante/país de acogida— la que afecta negativamente esa legitimidad. Así, el populismo busca un restablecimiento de esa pureza cultural; aquí se presenta, y de hecho en muchos casos, racial, encontrando en ‘el otro’ una excusa perfecta para evidenciar aquella *conciencia fiscal*, que nos aportaba Savater.

Como explica Amaia Izaola (2017), el actual contexto de incertidumbre “se convierte en terreno abonado para la aparición de movimientos populistas y xenófobos, que achacan a la diversidad asociada a la inmigración el origen de todos los problemas” (p. 19). Esto llega a mostrarse de una forma bastante clara; la construcción populista de ‘el otro’ en la figura del inmigrante busca justificar (de forma exclusiva o sumada a otros elementos) su propio accionar, exponiéndose como la ‘salvación’ o la evitación de que aquel se apropie, modifique, lastime o borre la existencia originaria del pueblo. “Los buenos tiempos para los inmigrantes indocumentados han llegado a su fin, empiecen a empacar sus maletas” (BBC, 2018), expresó el recién electo vicepresidente y ministro del Interior de Italia, Matteo Salvini, después de una campaña política exitosa, dedicada a encontrar en el inmigrante el mejor objetivo de la *conciencia fiscal* savateriana. En esta campaña, Salvini prometió la deportación de medio millón de inmigrantes en 5 años.

Todo lo previo es imprescindible de identificar a la hora de la evaluación política y, más que nada, científica de los movimientos e iniciativas políticas actuales. La necesidad de una

“construcción política del otro” (Beck, citado por Izaola, 2017) tiene que ver con la asignación de características, comportamientos y, sobre todo, vicios y antivalores, que fomentan un distanciamiento entre los que se consideran —o son asignados— nacionales o ciudadanos y los que no lo son, provocando, en muchos casos, elevar la tensión a violencia física pura y directa. Cabe recordar muchas de las declaraciones de los supremacistas blancos quienes intervinieron en los actos violentos de Charlottesville, Estados Unidos, en el 2017, cuando afirmaron que se sintieron acuerpados por los diversos discursos antiinmigración de Donald Trump (AFP, 2017).

Como plantean muchas teorías sociológicas, y lo hemos reafirmado en estas líneas, esta construcción de ‘el otro’ es necesaria para consolidar ese ‘nosotros’; es un requisito que valida la posición propia frente a las otras, que, de hecho, va muy de la mano con los discursos nacionalistas planteados a sí mismos en una constante comparación con quien no es nacional. Se asigna a otros categorías de extraños, lo cual es un paso previo para convertirlos en los chivos expiatorios de los males de las sociedades.

Un concepto muy apropiado para visualizar tanto los orígenes como los extremos de la construcción social —y posteriormente política o a partir de esta— es el que propone Appadurai como “identidades predatorias”, en cuanto “aquellas identidades cuya construcción social y movilización requieren la extinción de otras categorías sociales próximas, definidas como una amenaza para la existencia misma de determinado grupo definido como «nosotros»” (2007, p. 69). Tales identidades dependen de la conformación de estereotipos y prejuicios tanto para subsistir como para expandirse, y bajo el elemento de una ‘mayoría amenazada’ se inculcan con más facilidad en la cultura de una sociedad específica.

En términos generales, nuestra posición es que esto fija en grupos minoritarios específicos la mira de sectores políticos de corte populista radical, para validar su propuesta y lograr el acceso al poder. Ello se logra

Imputando al inmigrante la fragmentación social existente, y recriminándole la difusión de un virus y de identidades culpables de disgregar la homogeneidad [natural] de las costumbres, los valores y el espíritu, que antes de su llegada sostenían a la comunidad formada por el pueblo. Poco importa que esto fuera real o no (Zanatta, 2016, p. 125).

Cabe recordar el caso del apoyo al candidato populista holandés Geert Wilders, quien intentó capitalizar, con un discurso xenófobo, que “la «amenaza» para «los valores» nacionales que supone la inmigración procedente de países musulmanes es la **principal preocupación para el 86% de los electores** holandeses” (Maza, 2016). Entre sus propuestas estaba la prohibición de venta de El Corán y cerrar las mezquitas.

Los discursos antiinmigrante se consolidan sobre la capitalización del miedo, por parte de los populistas radicales. En esas disertaciones es importante, a partir de los elementos de diferencia e incertidumbre sobre ‘el otro’, fomentar el temor en las mayorías que las “convenza de que corren el riesgo de ser destruidas por minorías que saben utilizar la ley (todo el aparato de la política democrática liberal) para conseguir sus fines particulares” (Appadurai, 2007, p. 78). Esto evidencia el segundo punto de la *regla de oro de la retórica populista*, como la alteración de lo ‘legítimo’ por parte de los procesos multiculturales.

Podemos redondear toda esta cuestión del populismo, reconociendo que es únicamente una pincelada, si recurrimos nuevamente a Zapata-Barrero (2007), quien ha identificado por lo menos cinco estrategias del discurso, en los que denomina *recursos discursivos*, presentes en la retórica populista, que expresan una relación importante con utilizar la inmigración en su proyecto. Detengámonos en ellos para ejemplificar, desde lo que vemos actualmente en los periódicos, y comprenderlos en la coyuntura actual, partiendo del hecho de que estamos en presencia de esa renovada elaboración del discurso populista, con efectos ineludibles en ‘el otro’ inmigrante.

1. *Utilización de conceptos clave confundiendo su carácter explicativo/descriptivo/ prescriptivo*

Este recurso es muy importante, por cuanto provee un margen de maniobra conceptual en función de los intereses políticos. El uso del mismo término de 'inmigración' o de 'interculturalidad' llega a ser dependiente de la intención (esos caracteres *explicativo*, *descriptivo* o *prescriptivo*), utilizándole a discreción del emisor, oscilando entre esos tres niveles conceptuales; de acuerdo con Zapata-Barrero (2007), "la promoción de esta confusión, bajo un velo de claridad, es algo propio de la retórica populista, que, así, asigna a los conceptos que usa un espacio semántico amplio que permite abarcar innumerables interpretaciones y significados" (p. 75).

Esto, relacionado con el tema migratorio, es crucial para los propósitos antiinmigración. El manejo hábil de los conceptos es importante cuando estos se presentan en diversas fuentes: Internet, medios de difusión masiva u otros políticos, pues, apropiándose de ellos, pueden malearse sin ahondar en su significación. Lo anterior es muy común cuando se utiliza el binomio 'migrante ilegal'; la alusión discursiva de 'ilegalidad', siempre de la mano de 'migrante', termina influyendo en la concepción negativa o despectiva de la palabra 'migrante' misma.

2. *Utilización de conceptos-imágenes*

El autor explica que la mayoría de conceptos clave usados por el populismo está vinculada no tanto a hechos concretos, sino a imágenes (Zapata-Barrero, 2007). En este punto se reafirma el empleo del discurso impactante para generar emociones; apelar a esto conlleva una alta posibilidad de ganar espacio y apoyo. En su mencionada obra sobre populismo, Loris Zanatta (2016) alude a una imagen a la que ya hemos hecho referencia: el inmigrante como la peligrosa distorsión de la 'armonía' orgánica de la sociedad, "imputando al inmigrante la fragmentación social existente, y recriminándole de un virus y de identidades culpables de disgregar la homogeneidad de las costumbres" (p. 125). Sobre ello, cabe recordar las palabras de Donald Trump, en

febrero de 2017, cuando afirmó: “la libertad religiosa es sagrada y todo estadounidense tiene el derecho de profesar la fe en la cual cree. Pero quienes vengan a Estados Unidos deben respetar nuestros valores” (El Día, 2017).

Por otra parte, una de las imágenes paradigmáticas a las que se recurre es al inmigrante que ‘abusa’ del sistema de bienestar social, en detrimento de los nacionales. Sobre ello, el excandidato presidencial costarricense por el derechista Movimiento Libertario, Otto Guevara, afirmó, a inicios de 2017, acerca de los inmigrantes, que

Una vez que ingresan y tienen un estatus migratorio que les permita trabajar, ellos no deberían tener acceso a las ayudas sociales que se financien del presupuesto nacional e instituciones autónomas o que sean de los costarricenses que, de alguna manera, aportamos para darles a los sectores más pobres del país (Jiménez, 2017).

3. *Excesivo uso de conceptos con significantes vacíos*

Este elemento, tomado de Laclau, es evidente en su descripción y, si bien no es exclusivo de una retórica populista, sí es una característica importante de esta. Implica la (hábil) utilización de la retórica, a partir de una presencia de ambigüedad discursiva que conlleva una poca claridad en el desarrollo de las posiciones, las cuales se defienden o se demeritan. Esto, en muchos de los casos relacionados con el discurso sobre temas relativos a la migración, sirve al ser abordaje de un tópico delicado y sensible, pero no es conveniente que genere anticuerpos que le etiqueten de xenofobia o intolerancia.

Este tipo de recurso discursivo es usual en sentencias cortas o eslóganes. “Los Países Bajos vuelvan a ser nuestros” expresó el candidato holandés Geert Wilders; “las personas que no estén de acuerdo con los valores holandeses pueden abandonar el país” (Robbins, 2017), externó en campaña. Son recurrentes estos elementos en los discursos populistas: valores, hacer patria, construir nación o “hacer a América grande de nuevo”.

4. *Simplificación excesiva de la complejidad de los temas de agenda política*

La migración es un tema complejo en sí mismo, lo comprobamos en el capítulo I, cuando nos hacíamos la *simple* pregunta: ¿quién es un inmigrante? Sabemos también que existe una abundante bibliografía, y más es elaborada constantemente, que da cuenta de la alta dificultad del fenómeno. Sus razones, consecuencias y procesos son tan variados y coyunturales que precisamente no existe una teoría misma de la migración, como igual lo mencionamos. Esto es un explicativo relevante para entender la complicación de comprender el fenómeno mismo. Por ende, simplificar este proceso en dicotomías como ‘nosotros-ellos’, ‘propios-extraños’, ‘delincuente-honrado’, al tiempo que se dramatizan otros hechos de la agenda política, es una “combinación propia de la retórica populista” (Zapata-Barrero, 2007, p. 76). Este exceso de dramatización es el origen para propagar el rechazo y discriminar a esta población.

Acorde con lo dicho, cabe citar nuevamente al candidato populista costarricense Otto Guevara, cuando afirmó que “la tesis nuestra es ‘primero mis dientes y luego mis parientes’, es decir, reduzcamos la pobreza en Costa Rica utilizando los fondos sociales que existen en el país para atacar este problema” (Quirós, 2016). A las luces, el candidato a la presidencia alude que una problemática tan compleja y multicausal como la pobreza disminuiría con redireccionar recursos, originalmente destinados a los inmigrantes (“mis parientes”), a los pobres costarricenses (“mis dientes”). “Puertas abiertas en Italia para las personas buenas y un boleto sin retorno para aquellos que vienen a Italia a crear conmoción y pensar que los vamos a cuidar” (BBC, 2018), dijo el populista Matteo Salvini en Italia, dirigiendo, como ya referimos, todos los esfuerzos discursivos para validar su posición contra los inmigrantes. De hecho, esto va muy de la mano del uso de conceptos-imágenes en cuanto la simplificación de la inmigración en las etiquetas que se asignan al inmigrante. Luego, puede ir igualmente relacionado con la “aversión a las

élites intelectuales” (Molina, 2007, p. 99), como característica del populismo.

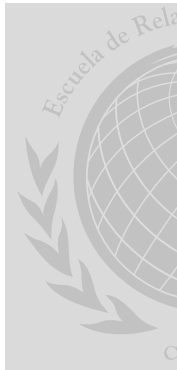
En uno de sus tradicionales *tweets*, el presidente estadounidense afirmó:

Los demócratas son el problema. No les importa el crimen y quieren que los inmigrantes ilegales, sin importar lo malos que sean, **entren e infesten nuestro país**, como la (pandilla) MS-13. No pueden ganar con sus terribles políticas, así que ¡los ven como potenciales votantes! (BBC, 2018a).

5. *Utilización de argumentos numéricos descontextualizados*

Este recurso redunda en la otra forma de ‘acomodar’ elementos a favor del discurso. Los números pueden ser de diversos tipos, desde datos oficiales hasta encuestas de opinión pública. Cabe aportar lo que apunta Zapata-Barrero: “utilizar únicamente argumentos matemáticos para argumentar sobre la inmigración no es necesariamente una retórica populista, pero usarlo para legitimar el discurso re-activo es una forma populista” (2007, p. 76). Con esto, se pretende aplicar ‘ciencia’ u objetividad para legitimar acciones, en este caso, en detrimento de las poblaciones inmigrantes.

Algunos días después de haber ganado las elecciones presidenciales estadounidenses, Donald Trump aseveró: “lo que estamos haciendo es tomar a los criminales y a quienes tengan antecedentes criminales, pandilleros, traficantes de drogas, probablemente dos millones, incluso tres millones; los vamos a sacar del país o los vamos a encarcelar” (Clarín, 2016). Esta cifra no se sustenta en ningún documento, investigación o base de datos y el número es dicho sin mayor rigurosidad. Pero es claro que el efecto sobre la opinión pública es potencialmente fuerte.



VI

APUNTES FINALES: ¿HACIA DÓNDE VAMOS?, ¿QUÉ HACER?

El recorrido realizado en este breve ensayo trató de establecer la relación posible del contexto económico-globalizador actual con el auge de proyectos políticos de corte populista que se explican, en muchos casos, a partir de una específica construcción de ‘el otro’, de forma tal que se justifique sus posiciones, acciones y omisiones, y, en sí mismo, se legitime su movimiento político.

En los últimos tres o cuatro años, hemos sido testigos de hechos políticos en Occidente, que han revitalizado lo que muchos llaman neopopulismos, partiendo de lo que Taguieff denominó la “nueva ola populista” (2007). Actualmente, en Europa se identifican movimientos políticos —nuevos o más antiguos pero revitalizados en sus posturas— cuyo discurso se ha volcado en el rechazo de las poblaciones migrantes y de todo lo que represente la política tradicional. Han logrado integrar este tema en las agendas pública, mediática y política, enfilando a tales poblaciones a ser el chivo expiatorio de muchas de las frustraciones sociales. También, debe verse que este tipo de discurso está avanzando por el Atlántico y se está estableciendo en América; con más claridad, en Estados Unidos, pero de forma muy lenta ha avanzado pasos en Latinoamérica y se acentúa, mayormente, en países más receptores que expulsos de migrantes.

El establecimiento de estas culpabilidades se ha entremezclado con otras reclamaciones de manera tan exitosa que

logra colocarse —en apariencia— como un discurso basado en un proyecto coherente, ideológicamente. Se observan aspectos como la aversión al integracionismo; posturas contrarias a algunos cimientos democráticos; apelación a diversas clases sociales, a diferencia del populismo clásico que privilegiaba un discurso para las clases populares; inclusive, un enfoque que apunta al discurso de los derechos (a la diferencia, a la cultura propia) (Hernández, 2011).

El rechazo a la inmigración extranjera es el principal elemento que define o mejor caracteriza los proyectos populistas de derecha. Es fundamental reconocer que este discurso, mediante procesos de influencia internacional, no es exclusivo de Europa. Como ha constado, este fue parte de la disertación de campaña del actual presidente estadounidense Donald Trump. Asimismo, países menos desarrollados, o con una tradición discursiva de inclusión como Suecia o Costa Rica, tienen políticos que aportan elementos antiinmigración en sus plataformas discursivas.

Vaticinar qué puede acontecer es ciertamente infructuoso. Pero sí deben tomarse en cuenta elementos objetivos: los procesos de separación de los proyectos integracionistas (Brexit); el auge en la captación de espacios políticos de grupos o representantes de estos proyectos, como en Holanda, Francia o Alemania; las grandes olas migratorias producto de desastres o conflictos armados; la permanente tensión a partir de actos terroristas en Europa, entre otros. Todos estos influyen o son resultado de un proceso existente que, de no plantear discursos alternativos fuertes, puede profundizarse y llegar a degradarse en violencia extrema y sostenida.

El reconocimiento del valor de la multiculturalidad y la diferenciación de este proceso de los actos negativos achacados a toda población inmigrante es crucial. Se trata de una necesidad que requiere esfuerzos cruzados entre lo local y lo global. Asimismo, la gestión de la inmigración con base en criterios humanitarios es fundamental para evitar la creciente pauperización de los inmigrantes, fenómeno que termina siendo atribuido ellos mismos, abandonados por la comunidad internacional. De no actuar de esta manera, el círculo vicioso se hará más extenso, y los

proyectos de populismo radical encontrarán tierra fértil para el auge de sus planteamientos.

Fuentes utilizadas

Libros

- Alcántara, M. (2013). *El oficio de político*. Madrid: Tecnos.
- Appadurai, A. (2007). *El rechazo de las minorías. Ensayo sobre la geografía de la furia*. México: Tusquets.
- Balibar, É. (2003). *Nosotros, ¿ciudadanos de Europa?* Madrid: Tecnos.
- _____. (2013). *Ciudadanía*. Buenos Aires: AH.
- Barry, B. (2001). *Culture and equality: an egalitarian critique of multiculturalism*. Cambridge: Polity.
- Bauman, Z. (2010). *Mundo consumo. Ética del individuo en la aldea global*. Barcelona: Paidós.
- Bauman, Z. (2012). *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*. México: Tusquets.
- Bauman, Z. (2013). *La globalización. Consecuencias humanas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Beck, U. (2000). *La democracia y sus enemigos*. Barcelona: Paidós.
- Bello, G. (2006). *El valor de los otros. Más allá de la violencia intercultural*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Brown, W. (2015). *Estados amurallados, soberanía en declive*. Barcelona: Herder.
- Castells, M. (2012) *Comunicación y poder*. México: Siglo XXI.
- Emke, C. (2017). *Contra el odio*. Barcelona: Taurus.
- Hirsch, J. (1996). *Globalización, capital y Estado*. México: UAM-X.
- Izaola, A. (2017). *Miradas entrecruzadas. La construcción social de la Otridad*. Barcelona: Bellaterra.
- McMahan, J. (2014). Los límites de la parcialidad nacional. En McMahan, J. et al. (eds.), *Nacionalismo: a favor y en contra* (pp. 19-72). Barcelona: Gedisa.

- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lichtenberg, J. (2014). Nacionalismo: a favor y (sobre todo en contra). En McMahan, J. et al. (eds.), *Nacionalismo: a favor y en contra* (pp. 107-137). Barcelona: Gedisa.
- Livi, M. (2012). *Breve historia de las migraciones*. Madrid: Alianza Editorial.
- Longué, O. (2003). *Huir para sobrevivir. La libertad de los refugiados en un mundo global*. Barcelona: Icaria.
- Molina, I. (2007). *Conceptos fundamentales de Ciencia Política*. Madrid: Alianza Editorial.
- Sartori, G. (2001). *La sociedad multiétnica*. Madrid: Taurus.
- Savater, F. (1998). *Las razones del antimilitarismo y otras razones*. Barcelona: Anagrama.
- Taguieff, P. (2007). Interpretar la ola populista en la Europa contemporánea: entre resurgencia y emergencia. En M. Simón (coord.), *La extrema derecha en Europa desde 1945 a nuestros días*. Madrid: Tecnos.
- van Dijk, T. (2009). *Discurso y poder*. Barcelona: Gedisa.
- Velasco, J. (2016). *El azar de las fronteras*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Zanatta, L. (2016). *El populismo*. Buenos Aires: Katz.
- Zapata-Barrero, R. (2009). *Fundamentos de los discursos políticos en torno a la inmigración*. Madrid: Trotta.

Publicaciones periódicas

- Arango, J. (2003). La explicación teórica de las migraciones: luz y sombra. *Migración y Desarrollo*, 1.
- Hernández, A. (2011). La derecha radical populista en Europa: discurso, electorado y explicaciones. *Reis*, 136.
- Mahnkopf, B. y Altvater, E. (2017). El planeta limitado y la globalización del 1%. *Nueva Sociedad*, 271.

- Mateus, J. y Brasset, D. (2002). La globalización: sus efectos y bondades. *Economía y desarrollo*, 1(1).
- Micolta, A. (2005). Teorías y conceptos asociados al estudio de las migraciones internacionales. *Trabajo Social*, 7.
- Phillips, A. (2017). Globalización, fragmentación e inseguridad. Respuestas y desafíos del siglo XXI. *Nueva Sociedad*, 271.

Páginas electrónicas

- AFP. (2017). Supremacistas y neonazis aplauden palabras de Trump sobre violencia en Charlottesville. Recuperado el 9 de septiembre de 2017 de http://www.nacion.com/mundo/norteamerica/Supremacistas-Donald-Trump-violencia-Charlottesville_0_1652434832.html
- Al Día. (2017). Trump aceptará sólo a inmigrantes que ‘amen’ los ‘valores estadounidenses’. Recuperado el 12 de setiembre de 2017 de <http://www.eldia.com/nota/2017-2-2-trump-aceptara-solo-a-inmigrantes-que-amen-los-valores-de-eeuu>
- BBC. (2018). “Empiecen a empacar maletas”: el mensaje a inmigrantes indocumentados del nuevo gobierno populista de Italia. Recuperado el 4 de junio de 2018 de <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-44346410>
- BBC. (2018a). “Los inmigrantes están infestando este país”: la defensa de Trump de su política de separar a los niños de sus padres indocumentados. Recuperado el 21 de junio de 2018 de <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-44543521>
- Bontempo, T. (2018). Euroescepticismo a la italiana. Recuperado el 1 de julio de 2018 de <http://nuso.org/articulo/euroescepticismo-la-italiana/>
- Clarín. (2016). Trump afirma que deportará 3 millones de “criminales”. Recuperado el 14 de setiembre de 2017 de https://www.clarin.com/mundo/Trump-afirma-deportara-millones-criminales_0_ByxFkKLWg.html
- D. A., agencias. (2017). Las 144 propuestas de Le Pen para conquistar Francia. Recuperado el 9 de setiembre de 2017 de <http://www.lainformacion.com/asuntos-sociales/demografia/>

inmigracion/Frente-Nacional-presenta-programa-presidencia-les_0_996500765.html

- de Lucas, J. (2014). La inmigración como *res politica*. Recuperado el 1 de agosto de 2017 de <http://www.redeseducacion.net/articulos/Materiales/Interculturalidad/delucas%20la%20inmigraci%C3%B3n%20como%20res%20pol%C3%ADtica.pdf>
- Esparza, P. (2016). ¿Por qué el populismo está en auge en Estados Unidos y Europa? Recuperado el 9 de setiembre de 2017 de <http://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-37953354>
- Jiménez, S. (2017). Otto Guevara pondrá mano dura a nicaragüenses. Recuperado el 28 de agosto de 2017 de <https://www.laprensa libre.cr/Noticias/detalle/104637/otto-guevara-pondra-mano-dura-a-nicarag%C3%BCenses>
- Maza, C. (2016). Los rostros de la extrema derecha europea. Recuperado el 9 de setiembre de 2017 de https://www.elconfidencial.com/mundo/2016-05-21/quien-es-quien-extrema-derecha-europa_1203543/
- ONU. (2018). Declaración Universal de los Derechos Humanos. Recuperado el 21 de mayo de 2018 de <http://www.un.org/es/universal-declaration-human-rights/>
- Quirós, B. (2016). Otto Guevara valora enfocar candidatura en sacar a nicaragüenses ilegales. Recuperado el 12 de setiembre de 2017 de <http://www.laprensa libre.cr/Noticias/detalle/93126/otto-guevara-valora-enfocar-candidatura-en-sacar-a-nicarag%C3%BCenses-ilegales>
- Robbins, N. (2017). Cómo el líder de extrema derecha Geert Wilders ha radicalizado las elecciones en Holanda. Recuperado el 15 de setiembre de 2017 de http://www.huffingtonpost.es/2017/03/14/como-el-lider-de-extrema-derecha-geert-wilders-ha-radicalizado-l_a_21887076/
- Valero, C. (2016). Austria elige entre un candidato de extrema derecha y un profesor ecologista. Recuperado el 21 de agosto de 2017 de <http://www.elmundo.es/internacional/2016/05/20/573f291be5fdeac5398b4608.html>

Yárnoz, C. (2017). Le Pen promete defender a los franceses de la UE, los extranjeros y los musulmanes. Recuperado el 13 de agosto de 2017 de https://elpais.com/internacional/2017/02/05/actualidad/1486311781_647565.html

Otros

OIM. (2013). *Informe sobre las migraciones en el mundo 2015*. París: OIM.

van Dijk, T. (Febrero de 2004). Discurso y dominación. *Lección Inaugural de la Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia*. Bogotá, Colombia.



Impreso por el Programa de Publicaciones e Impresiones
de la Universidad Nacional, en el 2021.

La edición consta de 20 ejemplares
en papel bond y cartulina barnizable.

1019-19—P.UNA